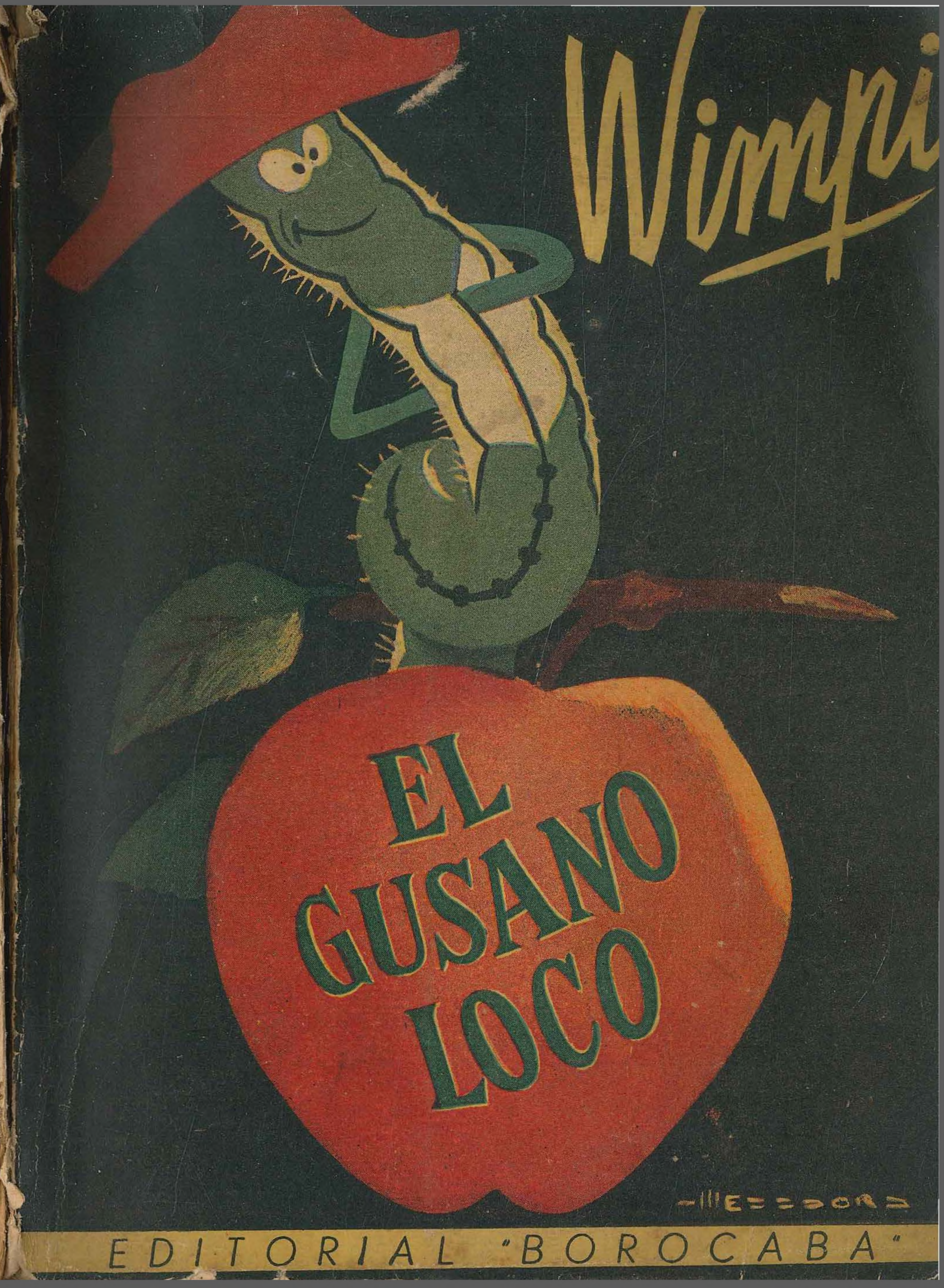

Wimpi
EL GUSANO LOCO
EDITORIAL "BOROCABA"

WIMPI pudo y debió ser médico, pero renunció a los estudios sistematizados cuando conoció la vida vibrante, bulliciosa y múltiple de las redacciones periodísticas de su Montevideo natal. Pudo ser un ensayista de alto mérito, un escritor de profundas indagaciones individuales y, de habérselo propuesto, también un estilista brillante, porque todas esas características se dan en este hombre de sólida cultura, observador profundo que remonta los escondrijos del alma humana con admirable facilidad. Pero terminó triunfando en él la cualidad predominante de su singular personalidad: la del humorista que, en cierto modo, sintetiza todas aquellas otras que resignó deliberadamente. No se parece ni imita a nadie; es el creador de un modo propio, acentuado por rasgos que lo tornan inconfundible y único en la literatura americana. Los cuentos del viejo Varela, que divulgaron los periódicos y revistas y, más tarde, animaron los personajes radiotelefónicos salidos de su fecunda

EDITORIAL
BOROCABA
BUENOS AIRES

WIMPI

El Gusano Loco

PORTADA DE

ROBERTO MEZZADRA

3ª Edición

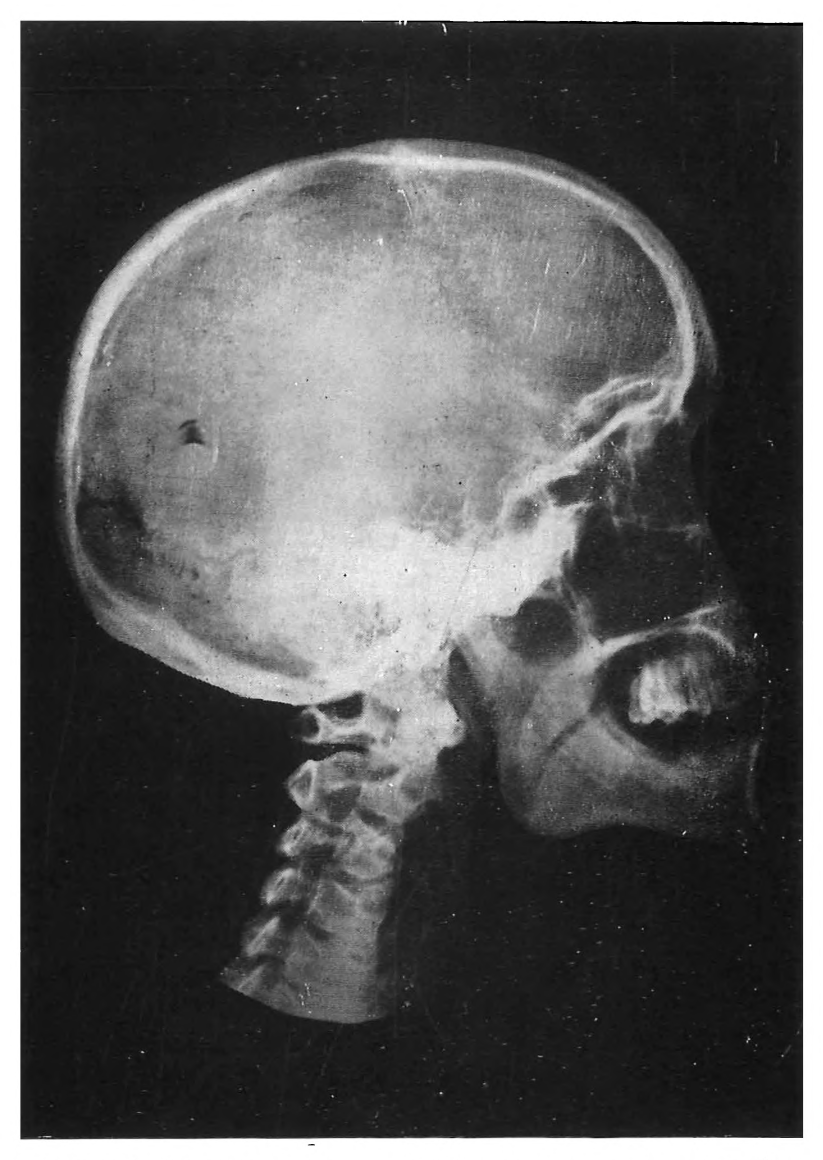


BUENOS AIRES

Queda hecho el depósito que previene la ley Nº 11.723.

I M P R E S O E N L A A R G E N T I N A

Terminóse la impresión de este libro el 30 de diciembre de 1953, en EDITORIAL SOPHOS; Malabia 1379, Buenos Aires.



Radiografía del cráneo del autor obtenida por el doctor Samuel Stuart Pennington.

No hay que hacerse mala sangre: la máquina de tomar radiografías es una máquina fotográfica que adelanta. Pero así como hay muchos que se ponen tristes cuando ven su retrato de algunos años antes, uno ofrece con alegre ternura su retrato de algunos años después.

Para Caracol, mi mujer,
criatura admirable.

Homo sum: humani nihil a me alienum puto[1].

Terencio, *Heautontimorumenos,* acto I, esc. 1, v. 77.

And feel that I am happier tham know[2].

John Milton, *The Paradise Lost,* VIII, v. 282.

Quand mes amis son borgnes, je les regarde de profil[3].

Joseph Joubert, *Pensées.*

1 Hombre soy, y nada de lo humano me es ajeno.
2 Siento que soy más feliz de lo que me parece.
3 Cuando mis amigos son tuertos, los miro de perfil.

PALABRAS PARA LA TERCERA EDICION

L*a primera edición de este libro —diciembre de 1952— se agotó en Buenos Aires y Montevideo, simultáneamente, en menos de tres meses.*

La segunda —febrero de 1953— no duró más tiempo que aquél en las librerías, que también agotaban en Montevideo "10 CHARLAS DE WIMPI" *editadas por Radio Carve y AUPO; y en Buenos Aires,* "LOS CUENTOS DEL VIEJO VARELA" *de Nalé Editores.*

El público pide cosas de Wimpi y Wimpi trabaja en libros que quiere presentar, como nos lo ha dicho, "con paquetería".

Como ninguno de ellos estará terminado antes de mediados de 1954 y teniendo en cuenta la insistencia de la expuesta solicitud unánime, EDITORIAL BOROCABA *se complace en presentar la tercera edición de* EL GUSANO LOCO".

LOS EDITORES

EL GUSANO LOCO

HABÍA una vez, hace mil millones de años, una colonia de gusanos cuyos individuos estaban adaptados a su medio en tal forma que podían considerar asegurados su mantenimiento y su conservación.

La adaptación, empero, no bastó para auspiciar mejoramiento alguno en las formas de vida que optaran por ella. La adaptación constituyó un criterio tendiente a garantizar una utilidad y un reparo. La evolución, antes bien —"inestabilidad creadora"— fué el criterio que inauguró la libertad sobre la tierra; que permitió avanzar al pequeño latido elemental de la primera vida, a través de una espesura de monstruos, para que viniera a cobijarse en el corazón que ahora lleva en su pecho la Criatura del Destino·

Aferrados al medio, los adaptados fueron quedando atrás.

Por fortuna, en aquella colonia reptante apareció un gusano rebelde.

Se sintió incómodo en el sitio que a los otros les satisfacía, y se apartó de ellos. Sin duda habría querido que lo siguieran. Pero lo dejaron solo. Era el gusano loco.

De él —fundador de la libertad sobre la tierra— se valió la Naturaleza para culminar su obra en la gracia del sentimiento y en el milagro de la idea.

¡Loor al gusano loco!

Como la rosa está, ya, dentro de la semilla, dentro de él se preparaba una aurora de Franciscos, de Leonardos, de Galileos y de Colones.

OPTIMISMO Y PESIMISMO

El tipo se hace, por lo general, pesimista, a fuerza de ir viviendo lo que les pasa en la vida a los optimistas.

Hay un optimismo capaz de producir pesimismos: y es el de los optimistas que enajenan el presente, que desatienden la hora en que se vive, a fuerza de anticiparse un futuro prodigioso de esa hora.

Aspirar a la plenitud, es un modo de conspirar contra ella. Quien aspira a mucho, en efecto, siempre se siente defraudado por lo que pudo, luego, conseguir.

Cada hora de la vida tiene una riqueza, un significado y un sentido. Cuando el tipo no aprovecha esa riqueza, no advierte ese significado, no entiende ese sentido, ha sufrido una pérdida que ya con nada podrá compensar.

No es optimismo auténtico el de quien espera confiado a que la realidad llegue a tener el tamaño de sus sueños: lo es, en cambio, aquel capaz de vivir su sueño como una realidad.

Esperar a que una ilusión se realice, es una falta de respeto para con la ilusión.

Esperar a que se transforme en una cosa que pueda tocarse o guardarse en el cofre-fort o ponerse en la heladera, es quitarle a la ilusión sus valores más ciertos y su gracia más diáfana y su gloria más pura.

Es confundir a la ilusión con un pagaré.

Dicen los pesimistas que no puede haber felicidad completa, porque están aburridos de ver la decepción de los optimistas que creían que podía haberla.

Pero es que la felicidad no es nunca una cosa hecha: se va haciendo.

No se trata de que el tipo piense, edificado, en que llegará a ser feliz: se trata de que, lúcido, *vaya siendo* feliz.

A cada momento el tipo está llegando a algo. Lo malo es que no se da cuenta.

Nada de lo que pasa, pasa. Todo se hace nuestro.

Y el tipo, que siempre quiere apoderarse de todo ¡nunca sabe ser dueño de nada!

La felicidad no puede estar al fin de ningún camino: debe *ir estando* en el camino.

No es, nunca, una cosa hecha: es intención y referencia, es conciencia y fe.

No busca el camino hacia una cosa: se hace, entre las cosas, un camino...

Todo momento es algo, todo paso es una decisión.

Cada latido es un regalo.

Por no haber entendido eso tuvo que confesar, allá en sus años viejos, la Marquesa de Sevigné: —"¡Qué feliz era yo en aquellos tiempos en que era infeliz...!"

CASTILLO DE NAIPES

El esqueleto es no sólo una obra maestra de arquitectura, sino que, también, la prenda más durable de cuantas se le concedieron al tipo para caracterizarse como protagonista de la vida.

Impresionan vivamente, por ejemplo, la solidez y la gracia de la columna vertebral· Su leve forma de "S" constituye la más discreta y fina solución al problema de equilibrio que se le presentó a un ser cuya estructura no estaba calculada para que anduviese parado.

El tipo, en efecto, se enderezó a última hora.

Y el orden de sus vísceras era inadecuado para la posición erecta. Pero la columna vertebral resolvió el conflicto que él se creara incorporándose.

Sus curvaturas —y su flexibilidad y su reciedumbre— le permiten al tipo atarse los zapatos, levantar al nene, lavarse los dientes, mover la cabeza como un sillón de hamaca meciéndola sobre la articulación del atlas para decir que "sí" cuando le preguntan si quiere más gató, o hacerla girar entre el atlas y el axis para decir que "no", sin que lo oigan, cuando le preguntan si está contento.

Desde la bóveda del pie, que amortigua el traqueteo, siguiendo la pierna hasta la rodilla —que dió origen al bandoneón y permite destapar botellas—, y de ella, muslo arriba, por la cadera, el costillar, el cráneo, todo está dispuesto para el usufructo de la posición vertical, con la levedad y la gracia de un castillo de naipes.

Sin embargo, pese a esa levedad, a esa frágil apariencia de su esqueleto, el tipo puede cargar bolsas, llevar a otro a babucha y jugar a las bochas sin que el castillo se le deshaga.

El esqueleto es jaula, percha y caballete: todo en uno.

Se ha dicho que el hombre es hombre por la cabeza y por la mano. Lo es más, empero, por la mano que por la cabeza: hay muchos que no piensan, y lo mismo agarran· Y otros que únicamente piensan en agarrar.

La mano es el primer ensayo serio de técnica. No sólo basta con poner el dorso hacia arriba y mover los dedos hacia abajo para llamar, sino que, lo que es mucho más importante, basta, asimismo, con poner el dorso hacia abajo y mover los dedos hacia arriba para despedirse.

El codo es sorprendente. Cuando el tipo serrucha, rinde como una charnela, que es la articulación característica de la navaja de afeitar. Permite la realización de mil trabajos porque se adapta al esfuerzo, responde a la exigencia, cede en su quicio.

Es mediante el recurso del codo que el tipo puede dar vuelta las hojas de un libro, trabajar de mótorman,

tocar la guitarra y subirse a los árboles. Lo clava y se abre paso, lo apoya y descansa, lo empina y se alegra.

Cuando el tipo se pone en cuclillas para enchufar la lámpara de pie, para recoger la moneda o para acomodarle el fuego al asado, está aprovechando un mecanismo en cuya preparación trabajó la naturaleza millones de años.

El que pudiendo agacharse se queja, es un desagradecido·

EL PREMIO NOBEL DEL Dr. WAKSMAN

Hay microbios que se comen a otros microbios. Ya Pasteur había observado esa conducta una vez en que habiéndose contaminado, por exposición al aire, un cultivo de bacilos de carbunco, cuando fué el sabio a inspeccionarla, comprobó, alelado, que los bacilos de carbunco habían desaparecido y en su lugar había otros microorganismos invasores que se levantaban de la mesa con el escarbadiente.

Otras veces el microbio no llega al canibalismo: se limita a apestar a su congénere.

De pronto un microbio X enferma a la persona. Está satisfecho. Ha cumplido con su deber. Un microbio que enferme a una persona representa su misión tan normalmente como el médico que la cure, el sastre que la mida, el camionero que la pise o el vigilante que se la lleve.

Pero, al rato, es el microbio quien empieza con chuchos, dolor de cabeza y arcadas.

Otro microbio lo enfermó a él.

El espectáculo de un microbio enfermo es tan paradojal y sorprendente como el del tipo que, al estarse

bañando de ducha y saltarle el jabón, acude a buscarlo al rincón en que cayó y, hallándolo lleno de tierra y pelusa, lo lava antes de volverlo a usar.

No puede negarse que el lavado de un jabón se parece a un microbio enfermo por el cambio de frente que presenta, en ambos casos, la lógica tradicional.

En seguida se piensa que si el microbio, agente de la enfermedad, puede enfermarse —y el jabón, inventado para que nos lave, puede necesitar ser lavado— con poco que se desarrolle esa tergiversación en el mecanismo corriente de la peripecia del mundo, podría llegarse a una era en la que el tipo, a la hora del desayuno, se comiera el diario y leyera el pan con manteca.

Volviendo, empero, a los quebrantos de salud en los inventores de las enfermedades, resulta que el doctor Selman Waksman, de la Estación Experimental de Nueva Jersey, que había iniciado en 1915 sus estudios sobre los actinomices —microbios del suelo— llegó a aislar, en 1919, el "Actinomyces griseus", una de cuyas subdivisiones —el "Streptomyceus griseus"— produce una substancia que ataca a otros gérmenes patógenos. Aislada esa substancia, es, hoy, la estreptomicina.

El doctor Waksman fué distinguido por sus estudios —posiblemente uno de los planes de investigación más largos que se conocen— y por su notable descubrimiento, con el Premio Nóbel de Medicina 1952.

Y el caso del doctor Waksman es muy especial: porque no sólo el tipo debe estar agradecido al sabio que encontró el antibiótico capaz de salvarlo de tantas otras enfermedades, sino que deben estarle agradeci-

dos, asimismo, los microbios, por haber, el sabio, señalado al microbio que los enferma a ellos.

Claro que la misma cachiporra —en este caso la estreptomicina— que el Stretomyceus utiliza contra su prójimo —o sea los demás microbios— la utiliza, ahora, contra ellos mismos, el tipo.

Pero tanto los microbios como el tipo saben, por experiencia, que un cambio de mano en la cachiporra es el único alivio que se ha podido experimentar, de tanto en tanto, en este mundo.

FUNCIÓN POLÍTICA Y CULTURAL DE LA RATA

Si se le llama AGRADECIDO al que todavía espera algo más, es porque implícitamente se admite que, cuando al tipo ya no le hace falta una cosa, la considera innecesaria, pese a la necesidad que de ella pueden tener en ese momento los demás, o en otro momento cualquiera, el tipo mismo.

Sin embargo, todo cuanto existe en el mundo es necesario. Todo está hecho con vista a un fin. Todo tiene su razón de ser.

Jacques Henri Bernardin de Saint-Pierre —autor de "Voyage a l'Ille-de-France", "L'Arcadie", "Essai sur les journaux", "La mort de Socrate"—, amigo de mademoiselle Lespinasse y de madame Necker y de Napoleón, el intendente del Jardín Botánico de París, exagerando los propósitos de François de la Motte Fenelón en su "Demostration de l'existence de Dieu", escribió sus "Etudes de la Nature", desarrollados en "Vœux d'un solitaire pour servir de suite aux études de la Nature".

Y dice —en estas últimas obras— que hay, incluso,

una razón para que las mujeres tengan las caderas [1] más voluminosas que los hombres. La Naturaleza le asignó a la mujer, entre otros quehaceres, el de llevar a su niño en brazos; el niño, llevado en brazos, le pesa, a ella, adelante, tendiendo, desde luego, a inclinarla. De ahí que la Naturaleza le haya otorgado a la mujer el don de un contrapeso en la parte posterior, para restablecerle el equilibrio.

Todo está hecho con un fin preconcebido·

Bernardino de Saint-Pierre se explica la sorpresa de muchos ante el hecho de que la vaca tenga cuatro mamas, pese a que no suele alumbrar más de un ternero por vez —dos, acaso, cuando se trata de vacas muy bambolleras—, en tanto que la cerda, que en ocasiones alumbra hasta quince criaturas, tiene sólo doce mamas.

Parecería —admite el autor— que a la vaca le sobraran dos mamas y que a la cerda le faltaran tres.

Pero, no.

La Naturaleza ha dispuesto así las cosas porque dos de las mamas de la vaca están para que se las ordeñen con el fin de proveer a las lecherías de concurrencia humana y porque los hijos de la cerda es forzoso que abunden, aunque ella carezca de espacio para las mamas necesarias, en tanto que hay que contemplar la demanda de las rotiserías.

Abreviando: la vaca dispone de cuatro mamas no obstante alumbrar, generalmente, un solo ternero, y la cerda tiene pentecaidecallizos [2], magüer sólo contar con

1 Por una razón de humanidad pone, uno, *caderas*. *Saint-Pierre,* puso *nalgas* — "fesse".

2 Del grigeo *pentekáideka,* quince, y de *mielgo:* del latín *gemello,* ablativo de *gemellus* — sánscrito, *yamanas,* gemelos. En dos palabras: *15 lechones.*

trece mamas, para que al tipo no le falten nunca ni su café con leche, ni su lechón.

Dice Saint-Pierre que las pulgas son negras para que resalten en la piel blanca y pueda la gente atraparlas sin mayores dificultades. Y dice que los melones ya vienen con los gajos marcados para que no haya discusiones cuando se comen en familia.

Todo está bien como está. Todo se necesita.

No ha de faltar quien, irónicamente, pregunte: —"¿Y los mosquitos? ¿Son necesarios?"

¡Claro que son necesarios!

Si fué respetado el mosquito en la antigüedad por gentes sabias, se debió a que esas gentes sabias presentían lo que iba a aportar el mosquito a esta era industrial.

¡El mosquito fué cantado por Publio Virgilio Marón en "Las Geórgicas", la mejor de las obras del ilustre mantuano!

Por aquella misma época, Meleagro de Gadara se había enamorado de Zenófila, y como no la podía encontrar a tiro, ¡mandó al mosquito, en confianza, a que la enterara de su cuita! [3]

Si no hubiese mosquitos, ¿de qué viviría la gente que hace mosquiteros, espirales y mosquiticidas?

Uno ya supone qué pensará, a esta altura, más de un desaprensivo:

—*"Esa gente podría ocuparse de otra cosa"*.

Pero si los que viven de los mosquitos se ocuparan de otra cosa, ¿de qué se ocuparían los que se ocupan,

3 El encargo de Meleagro al mosquito, fué así: —"Vuela por mí ¡oh mosquito!, leve mensajero, y murmura estas palabras en el oído de Zenófila: —"¡Él vela, él te espera, él te ama!". Si tú me traes a Zenófila, te regalaré, para que te vistas, una piel de león".

ahora, de otra cosa, cuando se vieran desalojados de ella por los que en ella irían a ocuparse al quedar sin ocupación por la falta de mosquitos?

El tipo vive de sus plazas.

¿Innecesaria la mosca? ¡No! Ya Homero había comparado el valor de Aquiles con el de la mosca [4] —que por más que la manoteen, siempre vuelve a la carga. Luciano de Samosata había escrito, ya, su "Elogio a la Mosca"; Claudio Eliano de Preneste, en su "De natura animalium", ya había asegurado que la mosca tenía un alma inmortal; ¡y como si todo eso no bastara para configurarle un prestigio, hoy la mosca es la primera colaboradora en los estudios de Genética! [5]

¿Innecesaria la lombriz? ¡Tampoco! Según las observaciones hechas recientemente por los doctores Henry Hopp y Clarence S. Sláter —del Servicio de Conservación del Suelo del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos—, la lombriz nutre la tierra, la afloja, la mantiene porosa, la abona con una substancia que ella misma segrega. Es tan importante una lombriz como un agricultor [6].

Cierto día de 1822, navegando por las costas orientales de Groenlandia a bordo del "Baffin", el explorador inglés William Scoresby se asombró de la enorme cantidad de medusas que arrojaban las olas a la playa. Y dicen que por un momento consideró antieconómica, derrochona, a la Naturaleza. Sin duda, habrá pensado: —Toda esta materia prima de vida que la Naturaleza desperdició en las medusas le podría haber servido para

4 Ilíada XVI.

5 La mosca *Drosophila.*

6 Además, la lombriz es nada menos que el símbolo de la carnada en un mundo donde al que no pica, lo ahogan.

confeccionar seres más útiles: caballos, gallinas, motormen, langostinos, plomeros, referees, corvinas, doctores...

Tras reflexionar un poco, sin embargo, el explorador advirtió lo siguiente: las medusas les sirven de alimento a los arenques, de los arenques se mantienen las focas, y las focas constituyen el menú de los osos. Si no hubiese medusas, los arenques morirían de hambre. Y no habiendo arenques, ¿con qué comerían las focas? ¡Morirían de hambre las focas también! Pero ¿y los osos?[7] Los osos no se resignan a morirse de hambre. ¡Invadirían las ciudades en busca de víveres!

Quedó todo aclarado: la Naturaleza hizo a las medusas para salvar a las ciudades de la invasión de los osos.

Cabe aún admitir que surja quien inquiera: —"Pero ¿y la rata? ¿Para qué sirve la rata?"

A causa de presentar muchas de sus reacciones vitales parecidas a las del tipo, la rata sirve para estudiar al propio tipo. Los sabios, entre otros abusos que cometen con ellas, ponen a una dieta pobre en sales y aminoácidos a ratas de cuatro semanas de edad, y, observándolas, establecen las curvas del crecimiento.

En su obra "Problemas of Aging", Cowdey publica retratos de ratas taradas a causa de tales experiencias, que parten el alma.

Además, le cupo a la rata una función histórica de incalculable trascendencia.

En la primavera de 1347 pasó por Constantinopla una peste procedente del Asia, y al año siguiente

[7] Porque al final, el problema siempre está en los osos.

—1348 [8]—, tras asolar la Europa entera, llegó a Londres. Según las estadísticas de que dispuso el Papa Clemente VI, murieron en aquella pandemia 42.836.486 de personas.

El mal se iniciaba con respiración agitada y estornudos. Y era tal el temor al contagio [9], que cuando uno oía estornudar a otro se apartaba alarmado, pero no sin antes desearle, cristianamente, "salud".

La costumbre de decirle "salud" al prójimo estornudante fué, pues, la primera consecuencia de aquella peste.

Como el pánico la precedía, se establecieron guardias en las puertas de las ciudades, para que, antes de dejar entrar a forastero alguno, lo retuvieran fuera del ejido cuarenta días, a fin de cerciorarse de que no tenía el mal.

La cuarentena es otra consecuencia.

Mientras la peste azotó a Florencia, dijo Giovanni Bocaccio, que siete muchachas —Pampinea, Fiametta, Filomena, Emilia, Lauretta, Neifile y Elisa— y tres buenos mozos —Pánfilo, Filostrato y Dioneo— se protegieron de la calamidad aislándose en un lejano palacio. Para entretenerse, contaron una historia por día cada uno durante diez días. Recogiendo esas historias, Bocaccio compuso "El Decamerón", famosa colección de cien cuentos, que constituye la primera obra en la que el idioma italiano se eleva en la prosa a la jerarquía que ya obtuviera en la poesía merced al Dante y a Petrarca.

[8] Fué el año del baile de Eduardo III en el que se le cayó la liga a la Condesa.

[9] Guy de Chauliac, el médico más eminente de la época —lo fué de Clemente VI, a quien encerró, para protegerlo, en el castillo de Avignon—, decía que los enfermos contagiaban el mal sólo con la mirada.

El Decamerón se le debe a la peste.

La impresión que tal epidemia ocasionara en aquella población de Europa, cuya cuarta parte había sucumbido, se tradujo en una extraña neurosis, llamada "manía de baile", que culminó, ya bien entrado el 400, en Estrasburgo. Los atacados bailaban sin poder contenerse y contangiando sus desatinados movimientos a cuantos les miraban. Entretanto, desesperados, se encomendaban a San Vito. Hoy se sabe que ese "baile" es una especie de parálisis agitante —corea o mal de San Vito—, producida, posiblemente, por una encefalitis difusa. Pero en aquella época se ignoraban sus causas. Y como las gentes que lo bailaban tocaban, o hacían que les tocaran, una música estridente, de ritmo rápido —porque decían que con ella se les calmaba algo el desasosiego—, y como hubo, en el Sur, quienes sostuvieran que el mal del baile lo producía la picadura de la tarántula, por asociación se le llamó a aquella música preferida de los saltarines, *tarantela.*

La tarantela es otra consecuencia de la peste.

En Inglaterra la epidemia cobró caracteres de verdadera catástrofe. Fué donde le llamaron "muerte negra" *(black death).* Redujo la población de la isla de cuatro a dos millones de habitantes. Los resultados del terror fueron inmediatos. Se desvalorizó la tierra abandonada por los señores, que huían empavorecidos. Pasó la tierra a otros dueños.

Subieron los de abajo.

Las clases superiores, de origen normando, hablaban francés. Las inferiores, anglosajonas, el sajón, que, influído por el franconormando, produjo el inglés. Al sobrevenir la decadencia de la aristocracia, empezó a ser

utilizada la lengua de los otros. En 1362 aparece el inglés como idioma judicial [10].

La difusión del inglés es otra consecuencia de la peste.

Por otra parte, los nuevos acaudalados dejaron el cultivo de la tierra para dedicarse a la cría del ganado, actividad de rendimiento más rápido que la agricultura, y, por consiguiente, indicada para unos días en que progresaba la tendencia de obtener provechos a corto plazo, ya que nadie sabía en qué momento iba a llegarle la "scomúniga".

Inglaterra se cambió de país agrícola en país pastoril. Eran necesarios otros mercados para colocar los productos de la ganadería que ahora sobraban; era necesario, consiguientemente, asegurarse el dominio de los mares para proteger esos mercados. Y así, la política insular —tan defendida y cimentada 50 años antes por Eduardo I— se fué transformando en política imperial.

El Imperio británico es otra de las consecuencias.

Y bien: en aquella época la gente creía que las pestes eran castigo del cielo. La gripe actual, a la que antiguamente se le llamaba "influenza", debía ese nombre a que se la consideraba una "influenza cœlestia" —ilnfluencia celeste. De manera que cuando se le pre-

10 Su primera plasmación literaria de alguna importancia fué la traducción de la Biblia hecha por John Wiclif (Lambert Gerber. "Historia de Inglaterra"). Y la poesía inglesa se inició en 1369 con Geoffrey Chaucer, que después de publicar "Book of the Duchess" y "The House of Fame", habría de producir, copiando de "Il Filostrato", de Bocaccio, su "Troilus and Cryseide", de la cual, naturalmente, copió Shakespeare su propia "Troilus and Cryseide". Pero a Chaucer le corresponde la gloria de haber creado al alcahuete Pándaro. No obstante figurar Pándaro en Homero (Ilíada II, IV y V), fué Chaucer quien, recreando al personaje, hizo que quedara, en inglés, la palabra "pander" para significar alcahuete.

guntó a Guy de Chauliac a qué se había debido el flagelo, dijo que "a la conjunción de los tres planetas superiores: Saturno, Júpiter y Marte bajo el signo de Acuario".

Pero la peste —bubónica— fué esparcida por las ratas que iban repletas de pulgas xenopsyllas cheopis [11].

Luego: (*a,* el actual cumplido ante el semejante resfriado; (*b,* la cuarentena; (*c,* El Decamerón; (*d,* la difusión del inglés; (*f,* el Imperio Británico, se lo debemos a las ratas con pulgas.

Todo, siempre, fué necesario.

11 Había tantas ratas en aquella época, que el caballero sir Richard Wittington —tres veces alcalde de Londres— se hizo rico con lo que sacó de la venta de un gato que tenía. (André Maurois. "Histoire d'Angleterre").

EL PORTA ¿QUÉ?

El *tipo* se ha pasado la Historia inventando cosas para llevar sus cosas: árganas, cestas, cuévanos, carretillas, bolsas, camiones, tachos, bolsillos, carteras. Siempre fué fácil ver o adivinar qué había dentro de tales inventos.

Cualquiera puede anticiparse el contenido de una cartera de bolsillo, esas que se doblan al medio y, matizándoles la lagarticidad, tienen una plaquetita para poner las iniciales.

El tipo saca la cartera del bolsillo interior del saco haciendo el mismo movimiento que hace para rascarse la espalda sin árbol ni pared, y desde adelante, o sea pasando la mano por debajo del brazo.

Abre la cartera y, según se suponía, aparecen: la cédula de identidad, el recibo del club, un retratito fuera de foco de la novia, movida, con una mano en la frente tapándose el sol; pedacitos de papel con números de teléfono que el tipo ya no sabe a quiénes pertenecen pero que los guarda por las dudas; en un bolsillo más chico, abajo, las estampillas que le dan de vuelto.

Antes, los más tiernos, llevaban un rulo envuelto en

un papel de seda. Hoy, con la difusión de la permanente los rulos han desaparecido o son todos iguales.

Además, a medida que van quedando menos mujeres morochas, todo cabello rubio que se guarde, con el tiempo se pone negro...

Las exigencias de la vida actual, sin embargo, hacen que la cartera sea insuficiente para contener todo cuanto el tipo tiene necesidad de llevar consigo.

Hasta hace poco el tipo decía, cuando comprobaba que lo que buscaba no estaba en la cartera: —*"Espere un momento, espere un momento que lo tengo que tener"*. Y empezaba a tantearse todo el cuerpo. Mirándolo de lejos daba la impresión de que se estuviera sacudiendo hormigas o apagándose el pantalón.

Buscaba en los bolsillos lo que no había encontrado en la cartera.

También puede saberse qué hay dentro de los bolsillos: pelusa, restos de tabaco, fósforos sueltos, los lentes de leer, pedazos de escarbadientes, pastillas de menta rotas y percudidas, con ese aspecto resignado que les queda a los porotos de truco veteranos.

Pero, de pronto, apareció el portafolio o portadocumentos.

De la misma manera que las albóndigas y las empanadas, son viandas de suspenso, el portafolio es una cartera de suspenso.

Nunca se sabe qué contiene.

Y el tipo —un ochenta por ciento— anda de portafolio.

El portafolio es una cartera con sucursales. Los hay, incluso, que tienen, en chico, las mismas comodidades de un departamento: bolsillos para talonarios, para pa-

pel de escribir, sitio para acondicionar la estilográfica, catacumbas secretas con cierre relámpago para la plata grande y, afuera, correas, manijas, cerraduras, presillas.

¿Y adentro?

¡That is the question!

Lo previsible sería que dentro del portafolio hubiera protocolos de escribano, talonarios de recibo, libretos de radio, planillas. Pero, insólitamente, el tipo suele llevar la bufanda "por si al anochecer refresca". Y encargos de la casa: el jamón cocido cuando hay invitados, los 200 gramos de queso de rallar, revistas, pastillas para la tos, ropa interior —el tipo pasó, la vió barata y nunca está de más.

Superando las pretéritas etapas de la acémila atestada y el arcón inamovible, diríase que el tipo se ha venido ingeniando para buscarles un sitio a las cosas.

Inventó los cajones, los estantes, la botinera, el portamonedas, la repisa, los archivos, el placard.

El último recipiente que cobró difusión, fué el portafolio.

Una cartera de por sí complicada a la que el tipo complica más, aún, con lo que le pone adentro.

El tipo cree que resolvió el problema del orden y se pasa la vida buscando...

LA PIERNA ROTA

Al tipo siempre le ha gustado destacarse. Experimenta una íntima satisfacción cada vez que cree que lo suyo es mejor que lo de los demás: sea el receptor de radio, el calentador del baño o la úlcera.

El afán de prestigio suele ser demasiado poderoso en el tipo como para permitirle elegir pacientemente motivos especiales en los que fundar su superioridad; incluso, como para esperar pacientemente, asimismo, a tenerlos.

—El doctor de casa pidió consulta con el especialista, y cuando el especialista vino y me examinó, yo me fijé que los dos se miraron y movieron la cabeza. Entonces dije entre mí: "¡MIRE LO QUE ME VIENE A TOCAR, COMO SI UNO TUVIERA POCO CON LO QUE TIENE!" *Me internaron a las seis de la mañana. Era oscuro, todavía, porque, claro, a las seis de la mañana, en junio, todavía es oscuro. Bueno, y ahora agárrese para no caerse: ¡dos horas de reloj en la mesa me tuvieron! Catorce puntadas.*

El escucha suspira; se tira para abajo las puntas del chaleco y trata de que la sobriedad de su comentario fomente una bifurcación del tema:

—Mire, ¿no?

—Ah, pero, espérese. ¡Es-pé-re-se! Si ya me parecía que me olvidaba de algo. Me olvidaba de lo principal. Al salir de la anestesia —óigame bien lo que le voy a decir, eh— al salir de la anestesia... ¡me empieza el hipo! Pero ¡¡un hipo!! que el doctor estaba desesperado porque tenía miedo de que se me reventaran las puntadas.

—Yo oí un caso así, ya.

El tipo no puede admitir que el otro haya "oído un caso así". Sonríe altivo, seguro, ufano:

—¡Qué esperanza! No puede ser. Y le voy a decir por qué no puede ser. No puede ser, porque el doctor que me operó dijo que era el primer caso que se presentaba. Y eso que él se recibió cuando la otra guerra; la del káiser.

Una operación, un accidente, una fractura, le ofrecen siempre, al tipo, con la posibilidad de la posterior descripción a su cargo, las más gratas compensaciones. Convalecer de una pierna rota equivale, para el tipo, a movilizarse dentro de un clima heroico.

Van los parientes, los compañeros de trabajo, algún vecino allegado. Se sientan alrededor de la cama. Al tipo le ponen atrás todas las almohadas de la casa, de manera que queda en una posición sin precedentes, que no es ni la de sentado, ni la de parado, ni la de acostado, ni la de nada.

—Resulta que lo que yo quería era ponerle un poco de masilla al vidrio de la claraboyita, ¿no?, que estaba rajado, y cuando llovía, goteaba.

En ese punto interviene la señora, que está sentada a los pies de la cama:

—Yo le dije que lo dejara. ¿Qué le hacía que goteara? Pero es inútil: a él, cuando se le pone una cosa en la cabeza, es lo mismo que una mula[1], *hablando mal y pronto.*

Cuando ella se calla, el tipo sigue:

—Yo me iba fijando bien dónde ponía el pie, pero se ve que uno de los vidrios estaba medio en falso bastante, porque al pisarlo... bueno, al pisarlo ¡¡¡siento que me voy!!!

La exclamación del auditorio agita la atmósfera circundante:

—¡Qué horrrrrrorrrr!

El tipo disfruta íntima pero voluptuosamente el efecto de su relato. Y sigue:

—Cuando volví a conocer, estaba ésta (SEÑALA A LA ESPOSA) *al lado de la cama y mi cuñado en la puerta esperando la Asistencia. Me tuvieron que cortar el pantalón con una tijera. Mostráselo, Coca, cómo quedó; andá, mostráselo, que lo vean...*

La esposa se levanta y se encamina al plácard.

Entonces una de las señoras asistentes al acto dice, creyendo dulcificar con eso el recuerdo del accidente:

—Bueno, pero esas cosas..., agarrándolas a tiempo..., ¿no es cierto?

El tipo se ofende cuanto se le sugiera en el sentido de que su estado no reviste peligro:

—¡Usted está muy equivocada! ¡Yo sé por qué se lo digo! El doctor dijo que hay que esperar a sacar el yeso; que hasta que no se saque el yeso y no se sepa

1 Claro que todo está en cómo se digan las cosas. Ella lo trata de "mula" con una ternura que lima las aristas de la palabra, escamotea la malicia del sentido, corta las ramificaciones de la intención.

cómo soldó, no se puede abrir opinión... ¿Verdad, Coca?

La esposa, que viene acercándose con el pantalón cortado, hace que "sí" con la cabeza. Le entrega el pantalón a un vecino para que lo vea; el vecino lo mira, y dice, dramatizando el tono: *"¡Pero, fíjese, ¿no?!"*, y lo pasa.

El tipo sigue, aún:

—El doctor dijo que la ciencia ya hizo todo lo que pudo. Ahora hay que dejar obrar a la Naturaleza. Vamos a ver cuando saquen el yeso...

La esposa arregla el doblez de la sábana de arriba. Puso la vainillada, porque venía gente. Él la mira, a esta altura, con cierto mimo:

—Coca, poneme algo en los pies, amor; siento que se me enfrían. Subime las almohadas. Poquito de agua de orejones, traeme.

LA ORDEN DE LA LIGA

EDUARDO III Plantagenet, rey de Inglaterra, fué como se dice hoy, una pantera [1]. Había heredado la energía y el denuedo de su abuelo, aquel Eduardo I que juraba "por Dios y por los cisnes".

Era inquieto, valiente y audaz. Quería volver a instituir la Mesa Redonda del rey Arturo, para lo cual hizo construir la torre circular de Windsor. Hacía andar a sus caballeros con trapo cubriéndoles un ojo [2]. Inició contra Francia la Guerra de los Cien Años. A su primogénito, Eduardo, el primer príncipe de Gales, le llamaba El Príncipe Negro. Y a su esposa, Felipa de Hainaut, la dejaba en blanco.

Era medio picaflor, el tipo, Mariposón. Cargador [3].

1 Del griego *panther*. De *pan*, "todo", y *theer*, "fiera": fiera completa.

2 Seguramente para hacerles tener siempre presente que no hay que creer más que en la mitad de lo que se ve.

3 Castizamente debiera decirse *iterativo*, pero más gráfico resulta *cargador*, por referencia al afaníptero (a) inquilino de perro flaco, que vive tratando de mudarse de perro, y por ende llevándole la carga a cuanto ser se avecine a su costilludo local.

a Del afaníptero del género pulex (pulex irritans: pulga personal). Dícese que se llama afaníptero (b) porque no tiene alas. Pero en realidad se le llama afaníptero porque afana la sangre.

b Griego *aphanis;* invisible, *pteron;* ala.

Un mediodía, fué de visita al castillo del conde de Salisbury. El conde no estaba, pero —como muchas veces pasa— estaba la condesa. Eduardo se sintió atraído de inmediato por ella. Y ella se mostró inexpugnable. Propuso, él, que jugaran un partido de ajedrez. Lo jugaron. Se lo ganó la condesa comiéndole la dama con un caballo y dándole mate con un alfil [4]. Él quiso dejarle un anillo como premio a tal victoria. Simuló, ella, que lo aceptaba, pero cuando ya montaba él su corcel de guerra, se le acercó una damisela para devolverle, de parte de la condesa, la joya dada con segunda —o tercera— intención.

Otro cualquiera se habría considerado vencido. Pero Eduardo hacía honor a dos divisas: la de su abuelo —"pactum serva": *sé fiel a tu palabra*— y la suya propia de "it is at it is": *es como es*...

Y él se había dado palabra a sí mismo de que lo de la condesa... "no podía quedar así".

El 19 de enero de 1348 organizó una fiesta en Windsor [5]. E invitó a la condesa. Y bailó con ella. Y en mitad de la pieza a ella se le cayó una liga al suelo. Una liga azul. Eduardo levantó la liga un poco desconcertado al principio, porque no sabía dónde ponerla. A cierta altura del incidente advirtió las sonrisas maliciosas de los nobles presentes en la fiesta. Fué ahí que, repuesto de su estupefacción, los miró fieramente y dijo sus palabras memorables:

—*¡Honni soit qui mal y pense!*

¡Maldito sea el que piense mal!

4 Jean Froissart, "Chroniques". Libro I, Parte I, Cap. CLXVIII.

5 En plena peste negra. Véase el capítulo "Función política y cultural de la rata".

Y agregó, ya del todo recobrado, agitando la liga en el aire:

—Tal vez aquellos que hoy ríen sentiránse un día muy honrados con llevar una como ésta.

Poco tiempo después instituyó "The Order of the Garter": La Orden de la Jarretera. Vale decir: La Orden de la Liga.

Es la Orden de Caballería más importante de Inglaterra [6]. Y entre otras insignias, llevan, aquellos a quienes se les otorga, una liga de terciopelo azul en la pierna izquierda, con la frase que pronunciara Eduardo III estampada en letras de oro: *—Honni soit qui mal y pense.*

Y tal como él lo anticipó, los caballeros de la Orden de la Jarretera se sienten honradísimos con pertenecer a ella. O sea: consideran grande honor acatar entusiasmados lo que un día fuera motivo de aparatosa burla.

¡Cómo conocía a la gente Eduardo III!

6 Después del rey —que es Gran Maestre nato—, del príncipe de Gales y de los príncipes de la sangre, la Orden comprende sólo 25 miembros.

SUEÑO DE UNA NOCHE CUALQUIERA

Cuando la familia se va a acostar parece que hubiera el doble de gente de la que hay en la casa. Ocurre lo que en las obras en construcción cuando todos los albañiles están trabajando: el número de ellos en esos momentos de actividad diríase mucho mayor a los que, habiendo sonado el pito de las 11, descansan y comen.

Uno no ha llegado a explicarse, todavía, si esa impresión se recibe porque aunque el movimiento sólo sea un aspecto accidental de la forma, al desplazarla la multiplica, o porque ya se ha hecho uno a la idea de que los que descansan y comen son menos.

Pero ¡qué trajín cuando la familia se dispone a acostarse!

Chicas haciéndose los rulos[1]; señoras pasándose

[1] El profesor Atsbury ha demostrado que la materia fundamental de los cabellos, cuernos y uñas es la *queratina*. Hay queratina *A* y queratina *B*. La *A* es elástica, la *B* no lo es. Los cabellos formados por queratina *A* son lacios, pero por la tensión y el calor se puede transformar la queratina *A* en *B*, y entonces los cabellos se enrulan. Lo que hacen las chicas de noche, pues, es transformarse la queratina.

Muchos se sorprenden de que ya los asirios supieran enrularse. No tienen en cuenta que algunos años antes la Naturaleza presentó, en los

las cremas por los rostros [2]; mucamas con porrones; hombres que hacen gárgaras; oraciones susurradas por los más pequeños [3].

Ante el espejo del cuarto de baño el tipo se pasa la mano por la cara, se observa de perfil, levanta el mentón, se mira los dientes, se saca la lengua.

Un "chás-chás" de chinelas, un "cruiiiiijjj" del colchón elástico, un "brrr" arrancado por las sábanas frías.

El tipo se estira, y, naturalmente, el piyama se le sube: queda acostado de pantalón corto. El piyama debería tener, abajo, presillas que pasaran por la planta del pie para evitar el encogimiento del pantalón cuando el tipo se acuesta. Otra solución podría ser la de que el tipo aprendiera a envainarse en la cama de Sur a Norte, vale decir: de los pies de la cama hacia arriba, para que el pantalón no se arrollara como cuando entra del otro modo [4].

Sobre la mesita de luz, el libro de cabecera.

A esta altura, cabe reconocer que el tipo vive adornándose. Mediante una contracción deliberada del rectus abdominis y del obliquus internus, se comprime la barriga para que quienes lo miran de perfil crean que, por delante, sigue siendo vertical. Cuando conversa en una reunión se escucha a sí mismo, procurando hacer

cuernos retorcidos del carnero —constituídos por queratina *B*—, una permanente mucho más duradera que la que puedan hacer en cualquier peluquería.

2 Primero, una crema a base de *trietanolamina* o de *éter dietilene-monoetil-glicólico,* pero llamada, demagógicamente, "crema de limpiar", porque sirve para disolver las grasas procedentes de la exudación del rostro. Después pasan la otra crema para volver a engrasarse.

3 "Con Dios me acuesto, con Dios me levanto, que la Virgen Santísima me cubra con su manto".

4 La solución para evitar en forma decisiva esa anomalía sería la de ir a la cama derechamente en calzoncillos.

de su charla una mayólica viva, para que después los demás comenten: —"¡Qué facilidad de palabra! ¿Viste, qué fenómeno? ¡Qué matices!" Y cuando sabe que alguien, de atrás, lo mira, siempre camina de otra manera.

Se explica, pues, la circunstancia de que si uno le pregunta al tipo por su libro de cabecera, él responda, ufano, que es "Ueber die vierfache Wurzel des Satzes von zureichenden Grunde", donde Schopenhauer dice que una cosa siempre trae la otra. O "La fiaccola sotto il moggio", donde D'Annunzio reconoce que hay pensamientos que pesan como el fierro. O "Ad Marciam de consolatione", donde Marco Anneo Séneca dice que nunca se encuentran palabras apropiadas para dar el pésame. O "An Essay Towards a New Theory of Visión", donde Georges Bérkeley dice que el mundo existe sólo porque lo vemos, y que si sigue existiendo cuando no lo ve nadie, es por las dudas de que a alguien se le ocurriera volver a mirarlo de repente sin avisar·

Pero, no.

El libro de cabecera del tipo es "El misterio de la ducha trágica", que trata de una señora a la que ahorcan en el cuarto de baño, desde el patio, con un alambre pasado por la ventana. Antes de llegar al momento en que ella saca la lengua del todo, al tipo se le cae el libro al suelo.

Las horas laten, en el silencio, entonces con holgura y desenfado.

¿Quién hará las horas? ¡Qué desparejas le salen! Interminables unas, fugaces las otras.

¡Tiempo loco de minutos enormes y años cortitos! El reloj es como el taxímetro de la vida. Pero cuando hay que bajarse, nunca alcanza lo que se tiene para pagar lo que marcó. Se acercan, caracoleando, como duendes azuzados, los versos de Giovanni Páscoli:

La pendola batte
nel'cor de la casa
ho l'anima invasa
del tempo que fú.
La pendola batte
rebatte
¡mai piú... mai piú!

—Grrrrr... Grrrrr..., el tipo se durmió.

Cuando el tipo ronca, diríase que le estuvieran moliendo el esqueleto, y sin embargo, ¡qué placidez la de su rostro! ¡Es que es el único momento en que puede roncar! [5].

Empieza el sueño.

El tipo sueña que anda por la casa.

De pronto ve un sobre, con su nombre, recostado al florero. Le llama la atención. En seguida piensa en la esposa, porque la posición del sobre sugiere que así mismo lo habría puesto la mujer del panadero si se

[5] El doctor Jerome Strauss, en un informe publicado en el "Archive Otorrinolaringology", después de describir el ronquido como "un áspero ruido causado por los tejidos vibrátiles de la nasofaringe", dice que él es capaz de curarlo sin sacudir al tipo: con inyecciones de una droga irritante —el sylnasol—, aplicadas en el paladar. ¡Qué abusador! El tipo tiene que callarse la boca cuando lo pisan en las plataformas, cuando lo empujan en las colas, cuando le gritan en la casa, ¡y le van a prohibir que ronque hasta cuando duerme! ¿Qué quieren? ¿Que reviente?

hubiese dignado avisarle al panadero que se le iba con aquel morocho.

El tipo sacó el pliego del sobre. Lo desdobló con cierta agitación. "Querido Eulogio". ¡Qué letra rara! No la reconoció. Levantó la primera hoja para fijarse en la firma al pie de la segunda: "Te saluda afectuosamente, Cachiquengue".

La carta era del perro.

Un perrito blanco, con manchas color caramelo. Delicado. Fino. No había nacido para vivir entre gente.

Y decía: —"Yo no sé, francamente, cuándo vas a "entrar en razones, Eulogio. Decime una cosa: ¿por qué "me cortaste la cola cuando era chico? ¿Te molestaba "que yo tuviera cola? ¿No te das cuenta de que si los "perros venimos con cola debe ser por algo? ¿O vos te "crees que sabés más que el que nos hizo el molde? "La cola nos prolonga hacia atrás, de manera que un "perro sin cola termina antes. ¿Es para que terminemos "antes que ustedes nos cortan la cola? Entonces ¿por "qué no se fijan en los asuntos de ustedes, que siempre "traen cola y no acaban nunca? Pero lo de mi cola ya "es un hecho consumado. Pasémoslo por alto. A otra "cosa, Eulogio. Una noche —acordate bien: fué el año "anterior, allá por junio— oí ruido en el fondo, salí la- "drando y me tiraste con un zapato porque te desperté. "El jueves pasado —serían las 0,45— volví a oír unos "pasos y unos cacareos; como te enojás si te despierto, "dejé, nomás, que se llevaran las gallinas. ¡Y de ma- "ñana me diste tremenda patadaza porque no te había "despertado. ¡Si ladro, me pegás porque aturdo, y si no "ladro me pegás porque no vigilo. Si entro a las piezas, "me corren para afuera porque puedo tirar algo; si es-

"toy en el patio, molesto; si salgo a la calle, me corren "para adentro porque me puede pisar un auto. Cuando "viene alguna visita y querés darte corte haciéndole ver "cómo doy la pata, te impacientás si, al llamarme, no "aparezco en seguida. Cuando no hay visitas y trope-"zás conmigo, empezás a los gritos: —"¡Este perro "siempre se pone delante! ¡Va a haber que darlo! ¡Ca-"mine a cucha!" Reconozco que mi condición de fox-"terrier peloduro, sin mayores luces, me impide planear "una conducta adecuada a tus aspiraciones, pero... "decime otra cosa: ¿por qué me hacés ir a buscar la "pelota? ¿De quién me querés sacar hincha? Si me ves "eufórico, que te recibo saltándote, decís que te lleno "los pantalones de pelo. Si me ves quieto, en el jergón, "en seguida entrás en sospechas: —"Éste debe tener "la rabia muda". Perdoná si te ofendo, Eulogio, pero "yo que vos, me haría examinar por un buen especia-"lista. ¡Ojalá que San Roque te inspire! Te saluda "afectuosamente, Cachiquengue".

Golpeóse una puerta en ese momento. El tipo despertó sobresaltado. Se levantó. Estuvo un rato para encontrar la otra zapatilla. Se puso la robe de chambre sobre los hombros y fué al fondo a ver si Cachiquengue tenía agua en el tachito.

El Cachiquengue dormía.

El tipo lo miró, sonriéndole con una ternura flamante. Le rascó el lomo con el pie. Y volvió a la cama más tranquilo.

Rascándose él.

CONTRIBUCIÓN A UNA BIOGRAFÍA REIVINDICATORIA DEL CABALLO

HABÍA una vez un gaucho cuyo perro se pasada el día haciendo pozos. En cierta oportunidad, un amigo del gaucho, que estaba de visita, queriendo serle útil, con un consejo, le dijo:

—*Cuantito usté medio se descuide, ese perro le va a gastar el campo.*

Y respondió el prevenido, sin sombra de inquietud:

—*No se preocupe, que abajo'e'este campo tengo otro.*

Por más que se cave, la zanja siempre sigue teniendo un fondo.

Hay, por ejemplo, una capa subterránea que fué piso hace 60.000.000 de años. Los sabios le llaman "eoceno" [1] al terreno en cuestión, porque en él aparecieron muchas formas que acusaban ya su evolución hacia las actuales.

El profesor Stock encontró en las rocas eocenas de Wyoming (U. S. A.) restos del más remoto antecesor

1 Del griego *eoos,* aurora; *kainos,* reciente: *nueva aurora.*

del caballo. Llamado por los paleontólogos modernos "eohippus", aquel caballete tenía apenas 30 centímetros de alzada. Si hubiese quedado así, hoy cualquiera podría instalar un hipódromo en la azotea. Pero, creció. El "pliohippus", de hace sólo 10.000.000 de años, era un semi Yatasto.

Y según pudo comprobarse, por los restos fósiles hallados, el hombre del paleolítico se ocupó preferentemente en la caza del caballo. Como comía menos que el elefante y era más razonable que el bisonte, el tipo lo eligió como partenaire. En antiquísimos monumentos egipcios está el caballo acompañando al tipo en el trabajo y la aventura.

Fué, en efecto, Tutmosis III quien, al organizar su expedición a Siria —donde derrotó a los hicsos en la batalla de Maggedo—, utilizó por primera vez el caballo en la guerra [2].

Los griegos lo hicieron correr carreras. Los romanos le vistieron al jockey de todos colores.

El caballo pues, además de facilitarle el trabajo, el viaje y la guerra, le vino sirviendo al tipo de entretenimiento desde hace muchísimos siglos.

Y demostrándole una admirable ternura.

Patroclo peleó contra Héctor, en la guerra de Troya, desde un carro guiado por el auriga Automedonte y tirado por los caballos de Aquiles [4], su amigo. Héctor

2 Las crónicas que narran esta expedición agregan que fué en ella que los egipcios descubrieron la gallina: "extraño animal que todos los días pone un huevo", decían.

3 En Beocia —tierra ilustre de Grecia— había un mes denominado "hippodromius", en el que se corrían carreras todos los días. Jugarían por porotos para aguantar tanto.

4 Aquiles, el de los pies ligeros, a causa de enojarse con Agamenón

mató a Patroclo, y cuando iba a matar también al auriga, los caballos, huyendo veloces, lo sacaron de su alcance. Automedonte quiso, luego, volver a la batalla, pero los caballos —Janto y Balio— se negaron a moverse. Parados, ambos con las cabezas gachas, lloraban desconsoladamente [5]. Y entonces Zeus —padre de los dioses—, que les advierte la congoja, arrepentido de haberlos entregado al mundo, se pregunta cómo se le pudo ocurrir ese disparate "¿acaso para que tuvieseis penas entre los míseros mortales? Porque no hay un ser más desgraciado que el hombre, entre cuantos respiran y se mueven sobre la tierra" [6].

Y no fué por miedo que Janto y Balio se negaron a tirarle el carro a Automedonte. Nadie más valiente que el caballo. Lo confirma el Libro Santo: "hace burla del espanto, y no teme ni vuelve el rostro delante de la espada" [7].

Ocurre que, al contrario de algunos otros semovientes, a ellos no les gustó tirar del carro nunca.

No obstante, siempre que pudieron le facilitaron al tipo la locomoción. Hubo una época en que los hombres del Norte enterraban un caballo vivo antes de inaugurar un cementerio, porque decían que las almas se iban a caballo al otro mundo.

El caballo, como se ve, ha contribuído a levantar muchos muertos.

Además, aún, hoy hay catedráticos de caballos, pe-

por habérseles quedado éste con una tal Briseida —a la que, después de todo, Aquiles había rapiñado—, fué el único causante de que La Ilíada saliera tan larga.

[5] Ilíada, Canto XVII.

[6] Ibid.

[7] Jeremías, 24.

ro antes había caballos catedráticos. El maestro de Acteón, de Jasón, de Cástor, de Peleo, de Esculapio, fué Quirón, un centauro. Y el centauro era una especie de jinete de sí mismo, que los griegos confeccionaron sacándole a un hombre la parte que tiene de caballo para ponérsela al centauro adelante, y sacándole a un caballo la parte que tiene de hombre para ponérsela atrás.

Siempre fué necesario para todo [8].

En el Capítulo C, versículo 1, de El Korán, dice el Profeta: —"Yo juro por los caballos al galope..." [9].

Y Bucéfalo, el de Alejandro? En pareja el noble bruto con el bruto noble, llegaron hasta la India en sus conquistas. *Bucéfalo* quería decir "cabeza de buey", pero era un caballo de preclara inteligencia. Una vez Alejandro lo hizo retratar por Apeles, y al terminar Apeles

8 Cuando Federico García Lorca, en el Romance de la Pena Negra, quiso precisar la fragancia que trascendía de Soledad Montoya, no tuvo más remedio que valerse del caballo:

" ...cuando por el monte oscuro
" baja Soledad Montoya.
" Cobre amarillo, su carne,
" huele a caballo y a sombra".

Como la sombra no tiene olor, la sacamos y viene a quedarnos sólo el olor a caballo.

9 No sólo el olor del caballo, y la estampa que luce y el tiempo que marca, han preocupado al tipo. También la interpretación poética de su galope. Virgilio, en "La Eneida", VIII, 596, la expone así: "Quadrupedante putrem sonitu quatit ungula campum". Guillaume de Saluste Du Bartas, un poeta-soldado francés del siglo XVI, en su poema "La Seconde Sepmaine", ensayó imitar, a su vez, el galope del caballo en estos versos:

" Le champ plat bat, abat, détrappe, grappe, atrappe
" Le vent qui va devant..."

Y Gabriel Naudé, otro literato francés —protegido de Richelieu, de Cristina de Suecia y de Mazarino—, al leer esos versos de Du Bartas, consideró tan difícil llegar a esa como hermenéutica —u onomatopeyizamionto— del galope, que, justiciero, dijo: —"Du Bartas debe haberse ensimismado —"claquemuré chez lui"— para entrar en la intimidad del caballo y encontrar lo que le demandó esa "expresión" del galope" —"l'harmonie imitative dont il avant besoin".

el retrato, Alejandro no lo consideró digno de su caballo. A fin de confrontar el modelo con la pintura, ordenó que llevaran a Bucéfelo ante el cuadro. En cuanto vió su retrato, Bucéfalo relinchó de alegría.

Y entonces Apeles le dijo respetuosamente a Alejandro: —*"El caballo entiende más de arte que Vuestra Majestad"* [10].

Siempre hubo caballos que se destacaron como críticos.

Hay en la historia de Alejandro un detalle que no ha merecido hasta ahora la atención de otros eruditos: iba confiado El Macedonio a su conquista porque al pasar por Gordium, ciudad del Asia Menor, los sacerdotes le presentaron el famoso nudo del rey Gordio, de Frigia: el nudo gordiano. Había dicho el oráculo que quien lo desatara, sería dueño del Asia. Alejandro miró el nudo, y al advertirlo complicado, para no perder tiempo, lo cortó con su espada. Y en virtud de que él creía, como tantos, que dar hachazos es lo mismo que encontrar la punta, siguió viaje, seguro de la victoria. Llegó hasta la India. Cruzó el Himalaya. En las orillas del río Hidaspes venció al rey Poro. Pero, ahí murió Bucéfalo. Quiso avanzar el invicto guerrero. Los soldados se negaron. Y tuvo que volver.

¿No se podría llegar a la conclusión, así las cosas, de que al que en realidad siguieran hasta ahí los soldados había sido a Bucéfalo?

Y luego, los hunos y los ostrogodos, los alanos y los jépidos, los suevos y los borgoñones, veneraron el pasto porque le servía de alimento a los caballos.

¿Y Vaillantif? Vaillantif fué el caballo de don Rol-

10 Diógenes Laercio. *Aristipo.*

dán, capitán de la retaguardia franca en la batalla de Roncesvalles.

"Aux ports d'Espagne il a passé Roland
"sur Vaillantif, son bon cheval courant"[11].

Vaillantif fué en todo momento la parte principal de don Roldán.

"Une belle enfourchure" era elemento esencial para la bizarría del héroe.

El caballo fué un hermano del héroe.

Babieca, el de El Cid, acompañó al esforzado Campeador en todas sus campañas.

Babieca[12] llegó a reunir tantos méritos, que un día El Cid, por serle grato al rey don Alfonso VI, se lo quiso regalar. Y en la serie 150 del Canto III del "Poema de Mío Cid" figura la respuesta de don Alfonso:

"Por vos y vuestro caballo
"muy honrados somos nos..."

Los consideraba socios.

Un día llegó a la Corte de Carlomagno el noble Aimón con sus cuatro hijos —Adelardo, Ricardo, Guiscardo y Reinaldo. Carlomagno armó a Aimón duque de Dordoña, y caballeros a los cuatro muchachos. Y le regaló a Reinaldo el famoso cabailo Bayardo. Tiempo después, Reinaldo mató a un sobrino del Emperador, y debió huir con sus hermanos a refugiarse en Las Ardenas. Acosados por el hambre, un día decidieron matar a Bayardo para hacer un asado. Y Bayardo miró a Reinaldo de una manera que era lo mismo que decirle:

11 La Chanson de Roland.

12 *Babieca* era una ant. palabra que quería decir MONUMENTO DE PIEDRA.

Tan poco se respeta la memoria del caballo de El Cid, que hoy se les llama *babiecas* a los idiotas.

—"¡Qué estás por hacer, animal!" Reinaldo bajó la espada, avergonzado. Pero durante 14 días le hicieron una sangría diaria a Bayardo, y los cuatro hijos de Aimón se alimentaron con su sangre.

Cuando Ogiero el Danés salió de sus prisiones después de siete años, encontró en la carretera a su viejo caballo de guerra con una cuerda atada al pescuezo arrastrando piedras. Y se abrazaron conmovidos el héroe sobreseído y el corcel amatungado.

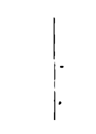
Había una hermandad.

Dice Abul-Cassim Mansur Firdusi, en su "Schah Nameh", que el hijo del héroe muerto vuelve un día al lugar donde vive el caballo de su padre; le cuenta la desgracia. Y el caballo se pone a llorar como loco.

Y al llegar a la escena IV del último acto de "The life and death of king Richard III", Shakespeare ha metido ya en un lío tan espantoso al protagonista, que lo único que atina éste a gritar es "¡Mi reino por un caballo!".

Pasó el tiempo, y ¡ecce equus!! ¡He ahi el caballo! Después de una historia de tal manera gloriosa, ha venido a dar en que si llega tercero lo insultan los que le jugaron; y si llega primero lo insultan los que le habían jugado al que llegó tercero.

Decididamente, el tipo podrá tener muchos amigos caballos, pero no merece tener ningún caballo amigo.



LAS VECES EN QUE EL TIPO "SE QUEDA HELADO"

SUELE llegar un día en que las cosas empiezan a rodar mejor.

Cuando el tipo —modesto— se acomoda en la vida dice: —*Las cosas me ruedan bien*. . .

Habla como si llevara un barril a patadas.

—*Ahora que las cosas te ruedan bien, podríamos aprovechar a comprar una heladera eléctrica. Se hace un gasto una vez, pero después es un ahorro; porque todo dura más.*

Hasta entonces no habían tenido heladera eléctrica. Ni de las otras tampoco, claro.

Ponían el hielo en un tachito: de un lado la botella de leche, del otro lado el sifón. Arriba, la manteca.

Se habían venido *arreglando* así.

Lo malo es que el tipo siempre le encuentre arreglo a todo. De pronto se le pierde el pasadorcito de cuero al cinturón, él le pone una goma y ya le queda el cinturón con la goma para toda la vida.

Las cosas no debieran tener arreglo, porque todo lo que tiene arreglo siempre está remendado. Un alam-

bre, un alfiler de gancho, un taquito, una cuña, un parche, una soldadura, una mentira... —*Total, así puede tirar un poco más...*

Sin embargo, la heladera eléctrica había llegado a crearle un estado obsesivo a la patrona:

—*Además, se pueden hacer helados en casa. El Pocho no tendría que andarlos comiendo por ahí. Con una heladera en casa, se sabría lo que se le da.*

Un día, el tipo cerró trato; y al volver del centro dijo:

—*¿A que no adivinás una cosa?*

—*¿Qué cosa?*

—*No. A que no adivinás, te digo.*

—*¡Andá! ¡No seas así! ¿Qué...?*

—*¡Mañana traen la heladera!*

—*¡Ay, qué regio! ¿De mañana o de tarde?*

—*La hora no dijeron.*

La llevaron de tarde.

El tipo —de licencia— estaba solo en la casa. La muchacha había ido a buscar al Pocho a la escuela, y la patrona a hacerse reformar un sombrero.

Tocaron el timbre, y él fué a abrir. Cuando abrió, se encontró con tres de óverol que tenían la heladera en el medio. Los hizo entrar.

—*La vamos a poner allá, ¿ven?*

El sitio ya estaba elegido.

Él iba adelante, sacando cosas para abrirles paso.

Finalmente, la heladera quedó ubicada. Firmó la boleta, dió la propina, los hombres de óverol se fueron.

Él volvió de la puerta frotándose las manos. Le había preguntado a uno de los acarreadores:

—Dígame una cosa: la luz, adentro, ¿siempre queda prendida?

—No. Cuando se cierra la puerta, se apaga.

—Ah, mire qué bien.

Ahora, estaba solo frente a la heladera. La envolvió en una mirada acogedora, intensa, abarcante. La tocó, como para ir agarrándole confianza. Pasó el dedo por la manija cromada, y luego, decidido, la empuñó.

Súbitamente recordó el asunto de la luz. Abrió. La luz estaba encendida.

—Sí, claro, el hombre dijo que al abrirla, la luz se prendía...

Y quiso comprobar si, en efecto, al cerrarla, se apagaba.

Empezó a cerrar despacito. Dejó una hendijita diminutísima. La luz seguía. Cerró del todo.

—Ahora ¿cómo estará?

Volvió a abrir. Despacito. Una hendijita.

¡Por la hendijita se veía la luz!

—¡Cómo! ¡está prendida!

El tipo discutía consigo mismo: —El hombre dijo que al cerrar, se apagaba. —Sí, bueno, al cerrar se apagará, pero es que yo ahora la abro apenas...

Cuando Protágoras dijo que el tipo es la medida de todas las cosas, se olvidó de dejar dicho quién lo mide a él.

El tipo siempre se cree con la suficiente habilidad como para modificar la marcha del Universo. No admite que pueda tener las cosas adelante, yéndoseles; ni atrás, siguiéndolo. Cree que las tiene alrededor. Y que el que está en el medio es él. Por eso es que la mejor acepción que se le halló a la palabra *cementerio* sigue

siendo la de que "es el lugar donde están todos los que creían que sin ellos el mundo no iba a poder seguir".

Llegaron juntas: la señora, de la sombrerera; la muchacha, con el Pocho.

A la señora le extrañó no encontrar al tipo donde lo había dejado, leyendo. Pero de pronto la muchacha gritó:

—*¡Trajeron la heladera!*

Corrieron, la señora y el Pocho, gritando, asimismo, al unísono:

—*¡Trajeron la heladera!*

Formaban un montón, en el suelo, los estantes desmontables. Nadie se fijó en ellos.

—*¡Es brutal!*

—*¡Ay, qué amorosa!*

El Pocho se colgó de la manija y la abrió.

Adentro, arrollado, tiritando, azulado: el tipo.

Había querido comprobar por sí mismo si cuando la heladera estaba cerrada la luz se apagaba o no.

De lo cual se obtiene la siguiente conclusión: el tipo siempre debe creer en lo que le dicen los demás, porque cada vez que quiere cerciorarse de algo por sus propios ojos, queda helado.

DEFENSA DEL PIE

Antes, cuando el tipo caminaba con los pies mojados, dejaba cuatro marcas en forma de milanesa. Hoy deja dos marcas en forma de riñón.

A partir de esa diferencia empezó a desarrollarse la condición humana.

Hace apenas unos cuantos miles de años.

En aquella época se podía andar tranquilo, todavía, por la China. Resplandecía el sol en los cielos amigos y vitalizaba los bosques amigos, dentro de los que, excepción hecha a la hora de comer, eran amigos todos.

A la hora de comer, el smilodón, tigre de dientes de sable, iba a buscar monos.

Pero los monos corrían y se subían a los árboles, que, además de darles albergue protector, les proporcionaban, con sus frutos, alimento.

Pero al final del período terciario Europa empezó a moverse [1].

A quien hubiese podido mirar de arriba, el movimiento le habría parecido lo que hoy el de una rata corriendo debajo de una alfombra.

[1] Desde esa fecha, ya rara vez se quedó quieta.

Fué el movimiento geológico llamado "Alpino". Las principales cordilleras del planeta están en la zona de influencia de aquel pliegue; arruga tremenda, que de pronto avanzó hacia el Este y formó el Himalaya.

Inmediatamente el descenso de la temperatura caracterizó una era glacial. Murieron los árboles y cayeron —porque los árboles mueren de pie sólo en las circunstancias en que al tipo le ocurre lo mismo: cuando se van secando. Y así las cosas, los monos no tuvieron ya ni albergue, ni protección, ni alimento a su alcance. Y emigraron al Sur. Huyendo del tigre y en busca de bellotas. Pero en el Sur estaba ahora el biombo monstruoso que les impedía el paso: el Himalaya. Dice Staub que el Himalaya recién hecho tenía 600 kilómetros de espesor. Hoy tiene 150. Y si hoy, con 150, le opone dificultades al tipo que lo cruza en avión, resulta fácil imaginar las que les opondría cuando tenía 600, a los monos, que intentaron cruzarlo a mano. Muchos murieron en la aventura. Otros quedaron. Pero estaba la fiera al acecho. El mono se halló, con la falta de árboles, sin la regalía del fruto y sin el recurso de la rama. Y entonces, para ver hasta más lejos, con lo que se facilitaba la búsqueda de alimentos y mejor afinaba sus alertas ante la siempre posible aparición del enemigo más fuerte, se paró.

Ahí fué cuando el pulgar de las manos de atrás, que era oponible al resto de los dedos —como el que se mantuvo dispuesto de tal modo hasta ahora en las manos de adelante—, al especializarse las extremidades posteriores en la función de sostén, se le enderezó. Y eso le permitió al semi-tipo caminar con la planta. Luego, para amortiguar el choque del nuevo paso contra el sue-

lo, la planta se arqueó y quedó modificada la figura de la huella.

El día que el tipo dejó sólo dos marcas en forma de riñón, fué el de la inauguración del pie sobre la tierra.

Desde entonces el pie vino constituyendo una de las herramientas más importantes.

Hubo guerreros —los basutos del Africa del Sur, los nauras de Nueva Granada, los sioux de Hollywood— que les comían el corazón a los enemigos cautivos para adquirir su bravura en el ataque. Pero otros guerreros más evolucionados —los theddoras y los ngarigos del sudeste de Australia— les comían los pies, para adquirir su velocidad en la retirada.

Jenofonte dijo "Hairetoteron esti machomenous apotheneskein é pheugountas sothenai" [2], pero posteriormente Menandro sugirió "Aner o eyfon kai palin" [3]. De la misma manera que cuando Petrarca sostuvo que "un bel morir tuta la vita onora", apareció quien lo hizo acordar de que "un bel fuggir salva la vita ancora..."

Los pies han constituído siempre una fuente de recursos.

Su dolor figuró entre las más altas ofrendas propiciatorias.

En las *nudipedalias* —pies desnudos— salían descalzas las matronas procesionantes de la Roma antigua invocando a Júpiter para que hiciera llover.

Cuando los celtas iban a llorar sobre las tumbas de sus héroes, iban descalzos. Y al llegar, mataban dos pájaros de un tiro: lloraban por los héroes y por los pies.

2 "Es preferible morir combatiendo que salvarse fugando".
3 "El que huye, puede volver".

Los papas acostumbraban a ponerle con los pies las coronas a los reyes [4].

Y así como hay una *quiromancía* —arte de adivinar el porvenir por las líneas de la mano— y una *metopomancía* —por las arrugas de la cara— y una *glosomancía* —por las rayas de la lengua— y una *pelvimancía* —por la manera de caminar—, hay una *podomancía,* o sea un arte de adivinar el porvenir por la forma de los pies. De este arte podrían obtenerse dos nuevos refranes: *dime cómo caminas y te diré adónde vas,* y *dime cómo te paras y te diré qué esperas.*

El pie es una cuestión fundamental.

Si al tipo "no le dan pie", fracasa; si "no hace pie" se ahoga; si "queda de a pie", chilla.

Es en nombre de tales considerandos —y de cuántos podrían aún formularse— que los vendedores de zapatos debieran poner cierta ternura en el cumplimiento de su misión.

El tipo que se ha comprado zapatos sale de la zapatería con ese paso característico de caminar dentro de un bote. Y es porque para el vendedor —que mira al cliente desde abajo, montado en la culata del banquito— los zapatos siempre quedan bien.

El cliente se agacha, señala y dice, tímidamente:

—El dedo me toca acá.

El vendedor, sonriendo, arguye, seguro:

—No se preocupe, porque eso cede...

[4] Jerónimo Blancas —"Coronaciones de los Serenísimos Reyes de Aragón"— no cree mucho en esta versión sostenida por muchos historiadores. Pero admite que don Pedro II de Aragón, El Católico, cuando iba a ser coronado por el Papa Clemente III —el 3 de noviembre de 1204—, llevó una corona hecha de pan cenceño para que "siquiera por reverencia a la materia de que estaba formada se la hubiese de poner con las manos".

¿Es que no recuerda que el que tiene que hacerlo ceder es el tipo? ¡Y caminando!

Por eso es que a la media cuadra de haber salido de la zapatería el tipo ya anda eligiendo las baldosas menos rotas para pisar. Y no bien pisa, levanta el pie en seguida, como si estuviera bailando *El Espectro de la Rosa.*

Una vez en que el vendedor, denodado y jadeante, empujaba la capellada para atrás con la mano y el talón para abajo con el calzador, el cliente —casualmente sin complejos— le dijo:

—No se gaste haciendo fuerza, porque es inútil. Adentro de esos zapatos no serían capaces de ponerme ni los Reyes Magos, que son especialistas...

LA PETICIDAD HUMANA

El único ser a quien le preocupa su tamaño es el tipo. Según el cálculo difundido por Julián Húxley, tres pulgas adultas no alcanzan a pesar un miligramo [1]. Y una ballena pesa cien toneladas. Ni la ballena, ni las pulgas se hacen mala sangre por eso.

En un laboratorio marítimo de Nápoles se han aislado —y se las observa desde hace 50 años— dos anémonas de mar. Están viejas, ya, y decrépitas. Sus tentáculos se mueven torpemente, a causa de la progresiva atrofia senil. Sin embargo, siguen creciendo [2].

Las sequoias de California tienen más de mil años, pesan mil toneladas, y siguen creciendo.

¿Por qué ellos siguen creciendo y el tipo no?

Una sequoia es un cuadrillón de veces más grande que un virus filtrable.

Una ballena mayor de edad es 10^{21} veces más grande que un microbio.

¿Por qué?

Los sabios no han llegado a precisar con exactitud las causas de tales diferencias de tamaño. El tiburón y

1 "El hombre está solo".
2 R. W. Gerard, "Células incansables".

el bagre, la mula y el mono, el pato y el ciervo, la hormiga y el avestruz, la comadreja y el león, el toro y la cucaracha, la lombriz y el elefante.

Y el tipo.

Dice Eddington en "Estrellas y átomos", justamente, que el tipo está a mitad de camino entre el átomo y la estrella.

Pero ¿por qué?

Diríase que la limitación del crecimiento es debida al medio. No al medio exterior, sino al "milieu interieur". El organismo del animal es el medio ambiente de sus células. Es ese medio interno el que lo frenaría [3].

A unos más que a otros, porque de un lado están los rinocerontes, las jirafas, los Gary Cooper. Y de otro lado están los ratones, las zarigüeyas, los Míckey Rooney [4].

Sólo el petiso humano, empero, es presa del popular complejo de inferioridad. Y es cuando trata de superarlo que camina sacando pecho y se hace tocar el bíceps y desafía a pulsear a los grandotes.

El petiso sufre su tamaño como si lo estuviesen apretando desde arriba contra el suelo.

Sin embargo, el 17 de noviembre de 1494 hizo su entrada victoriosa en Florencia Carlos VIII, Valois, rey de Francia, hijo de Luis XI. Montado en su caballo blanco, con armadura de oro engastada de perlas, la lanza en ristre, precedido de 800 lanceros vestidos de terciopelo y plata, dejó a los florentinos estupefactos.

Y cuando bajó del caballo, porque quiso visitar el

[3] Ibid.

[4] Se ha revelado que cuando Mickey Rooney desposó a Ava Gardner, el cura lo paró a él sobre una silla, porque dijo que tenía que ver lo que casaba.

Duomo —Santa María del Fiore—, tenía 1,57 de estatura. Al verlo tan chico, el público quedó un momento sin saber qué hacer. Pero en seguida, reaccionando, lo aplaudió.

Si cuando estaba a caballo no lo aplaudieron, y lo aplaudieron cuando fué visto de a pie, lo que en realidad le aplaudieron era la petisez·

Magüer su 1,57, Carlos se casó con Ana de Breteaña, que era preciosa, y según Luis XI, "la mujer menos loca de Francia". Y aun habría de ser la primera reina francesa que se pusiera luto por la muerte del marido.

Todos los petisos tienden a agacharse cuando van por la vereda y tienen que pasarle debajo a un toldo. Quedaría desolado el petiso si comprobara que los flecos de cualquier toldo están siempre a medio metro por encima de su cabeza.

Y bien: el 7 de abril de 1498, vísperas de la Pascua Florida, encontrándose Carlos con la reina Ana de Amboise, atravesaban ambos la estrecha Galerie Hacquelebac para asistir a un partido de pelota que iba a jugarse en los fosos del castillo, cuando el rey... ¡pegó con la frente! —es lo más grato que puede ocurrirle a un petiso— en el dintel de una puerta. Y se mató.

De manera que el tipo: *a*) desposó a la mujer menos loca de Francia; *b*) invadió Italia sin mayores contratiempos; *c*) cuando él murió, la mujer se puso luto; *d*) se dió el lujo de pegar con la frente en el marco superior de una puerta.

El petiso siempre termina saliéndose con la suya en todo.

La gente ve al grandote, y se aparta. Pero al pe-

tiso le quieren sacar el taxi, lo quieren exilar de la cola a codazos, lo pisan en la calle, lo ahogan en la aglomeración, lo empujan en el pasillo. Tiene que pelear desde que nace hasta que muere. De ahí que su coraje, empleado cotidianamente, le permita difundir una fama de guapo. Además, él, para facilitarse la tarea, se hace compadre: de ese modo, impresiona anticipadamente con su traza. Se prepara el ambiente.

El petiso vive superando su complejo de inferioridad.

Después de todo, fué la constante superación de complejos de inferioridad —háyanla ensayado chupazócalos o chupatechos— lo que vino formando la Historia.

Si Napoleón I hubiese medido 1,75, se habría retirado como capitán de artillería.

La petisez nunca fué un estigma [5]. Ni un impedimento para la bravura:

Atila —Martillo del Mundo y Azote de Dios— sigue influyendo con su ejemplo a través del torbellino de los siglos. Sin embargo, era tan petiso, que cuando se le enfriaban los pies se ponía la bufanda. Hoy le habría quedado larga la onda corta.

El petiso es ornamental: cuando Velázquez pintó "Las Meninas", no puso en primer plano ni a Felipe IV, ni a la reina, ni a la infanta Margarita. Puso en primer plano, antes bien, al enano don Nicolás de Pertusato —ayuda de cámara del rey—, que es el que figura en el cuadro a la izquierda, pisando al perro.

El rendimiento histórico del petiso es evidente y tremendo.

¿Qué razón hay, entonces, para admitir una minus-

5 Frase pronunciada por Paquito Busto.

valía de la petisez? ¿Por qué el petiso, que siempre pudo llegar a tanto, se gasta el cerebro en inventarse una calidad que las más viejas tradiciones ya proclaman?

Cuentan que una vez David Lloyd George —primer ministro de Jorge el V en la primera de las últimas grandes guerras—, al decirle alguien: —"¡Qué bajito es usted!", se resintió y repuso: —"¡A los hombres se les mide del mentón para arriba!"

Pero —honradamente hablando— al tipo lo miden del mentón para arriba sólo cuando se va a comprar careta.

Otros petisos dicen: —"La esencia viene en frascos chicos". La esencia viene en frasco chicos cuando es poca.

Merced al descanso, los discos cartilaginosos que separan una vértebra de otra se esponjan y hacen que todo petiso, de mañana, al levantarse, sea un poco más alto que de noche cuando se acostó. Pero al rato, con el peso, los discos intervertebrales vuelven a aplastarse, y el petiso *recobra* su estatura *normal.*

No hay nada que hacer con la petisura congénita.

Hébert Mac Lean Evans fué quien descubrió la influencia de la secreción del lóbulo anterior de la hipófisis en el crecimiento. Es desde entonces que se habla de una "hormona del crecimiento". Se han hecho esperimentos inyectando eso.

Menos mal que no eligieron petisos humanos para las pruebas.

En efecto: Evans ensayó con perros "Daschunds" [6]; otros, optaron por ratas.

Los resultados —con vistas a lo que se podría lo-

6 Salchicha.

grar con el homúnculo— fueron atroces. De pesadilla. A los perros basset se les alargó el cuerpo, se les agrandó el cráneo acromegálicamente. ¡pero las patas les quedaron cortas como antes!

En cuanto a las experiencias con ratas, Freud y sus colaboradores sostuvieron siempre que para conocer los efectos del extracto del crecimiento inyectado, en vez del peso del cuerpo, debe usarse como "test" el alargamiento de la cola, reputándose este criterio, por específico, más seguro para establecer la acción del excitante.

El petiso es más manuable, se estaciona en poco sitio, necesita menos género, con sólo sentarse en el diccionario llega perfectamente a la máquina de escribir o al plato. Entonces, ¡con qué ventaja correría el riesgo de quedar cabezón y coludo!

LA MUCHACHA NO TIENE LA CULPA

Cuando era niño, unos malvados le operaron la cara, distendiéndosela para siempre en una perpetua risa estúpida[1]. El propio Víctor Hugo se encargó de explicar, prolija y dramáticamente, la fealdad de su personaje. Era más feo que diez negros llorando. Los esfuerzos en que a veces se empeñaba para ponerse serio sólo culminaban en un gesto de japonés destapando la bombilla.

Era el hombre que reía. Incesantemente. No hubo desgracia más seria en este mundo que la de quien siempre ríe.

Un día, por cierto mensaje hallado dentro de una botella que el mar arrojó a la costa, el tipo se enteró de que era nada menos que lord Fermín Chancharlie: marqués, barón y par del reino. Y al lanzarse a la vida que su condición le puso desde ahí por delante, atrajo —él, el monstruo— la atención de la duquesa Josiana. Josiana le confesó la atracción que sobre ella había ejercido. Y lo invitó a ir a la casa.

¿No vale la pena, entonces, ser lindo?

1 Cirugía antiestética.

Se ha dicho que no es lindo lo que es lindo, sino lo que gusta. El placer estético provendría, así las cosas, de una sintonización del sujeto que gusta con el objeto gustado[2]. Se siente agrado ante una cosa cuando su aceptación no demanda esfuerzo alguno. Por eso hay cuadros clásicos cómodos como zapatos viejos..

Pero una cosa es un cuadro clásico y otra cosa es el Fantasma de la Opera.

El glamour, el it, el uff, el sex appeal, la sandunga, el esprit, como expresiones íntimas que trascienden a la forma de fuera, podrían explicar, apoyando esa teoría de la sintonización, la atracción ejercida por algo que no obstante, una belleza convencional, oficial, canónica.

¿Pero es posible hallar sex appeal en la mujer barbuda del circo o en el jorobado de Notre Dame?

¿O en el lenguado?

El lenguado y el caviar son manjares del tipo exquisito, y sin embargo al tipo exquisito le gusta la mesa bien presentada: cristalería de Saint-Louis, porcelana de Limoges, platería de Cristophle, mantelería belga. Es para el tipo exquisito que se inventó adornar la mayonesa con zanahoria y ponerle un forrito de papel con flecos al huevo de la supreme. Y calcar los huevos pochés para que sean todos iguales sobre el arroz a la cubana.

2 Oponiéndose al formalismo de Kant, Johann von Hérder —"Metakritit zur Kritik der reinen Vernunft"— anticipó, en materia de psicología del goce estético, la teoría de la proyección sentimental de los románticos. Decía que "toda belleza es expresiva. Sólo llamamos bella a una forma cuando se hace para nosotros expresión de vida interior, no por lo que es como pura forma externa. Es esa vida interna la que sentimos en la forma misma".

El tipo exquisito dice que las cosas "entran por los ojos". Pero si las cosas entran por los ojos, ¿qué atracción puede ejercer el lenguado que tiene la boca de arriba a abajo como ojales de pechera y mira de un solo lado de la cara? ¡Cómo puede preferir el tipo el caviar de Achuyev con su aspecto de resaca para plantas al saludable tomate gordinflón con el suyo de cuadril vegetal!

Dijo una vez Mauricio Maeterlinck: "esta planta es un monstruo; cubierta de forúnculos, se alarga loca e inverosímilmente como una cinta ensortijada del color de cadáver de ahogado". Se refería a la orquídea.

¿Es que no saldría perdiendo la orquídea, arbitraria y desgreñada, ante el jurado imparcial que la comparase con la dalia majestuosa, con el clavel exasperado, con la magnolia exasperante, con la madreselva gaucha, con la gala de Francia, el lirio azul?

Pero es la orquídea la flor más cara [3].

Otro tanto ocurre con los perros. No obstante la fiereza del mastín, la proceridad de San Bernardo, el continente del gran dogo, la simpatía del fox terrier, la bonhomía del salchicha, el señorío del lebrel ¡festejan al perro pekinés!

El pekinés es un perro enano y neurasténico. Diríase, incluso, que tuviera el hocico apretado contra un vidrio.

Pero todos se paran a mirarlo: —"¡Qué amoroso!"

Hay aves de altanería como el águila, de prosapia ilustre como la grulla, de aspecto distinguido como la garza, de apostura imponente como el cóndor, de des-

[3] Y una orquídea dentro de su cajita de celofán, ¿no parece un cangrejo en un cuarto de baño?

garbada sí que insólita gracia como el albatros. ¡Y el tipo eligió a la cigüeña para que lo trajera!

Pese a los adelantos de la genética, cuando uno deja de creer en la cigüeña, ya no entiende más nada.

Empero, ¿por qué la eligió el tipo para debutar como pasajero?

La cigüeña es una de las aves más crueles y depredadores que se conocen. Come de todo. La cigüeña más sobria es presa de tentación desesperada ante un pajarito, una lagartija, una culebra. Y cuando, tentada por la culebra, la lagartija o el pajarito, baja la cigüeña a atraparlos, y en vez de dejar al niño en la casa de donde lo encargaron lo deja en la primera que encuentra a tiro... mandan a la muchacha al Buen Pastor....

EL TIPO Y LA MÁQUINA

Antes el tipo escribía con una pluma de ganso, y era muy fácil que le saliera "La Divina Comedia". Hoy escribe a máquina, y es muy difícil que no le salga una gansada.

Las cosas hechas a máquina son todas iguales: y el encanto que antes tuvieran consistía, precisamente, en la particularidad —defecto o virtud— que las diferenciaba.

Es un gran consuelo el de poder contemplar las cosas que todavía nacen, porque no hay ninguna, de entre ellas, que sea igual a otra. Una hoja de ombú es distinta de una hoja de encina, y nunca han existido ni un ombú ni una encina en los que hubiese dos hojas idénticas.

Pueden ser fácilmente individualizadas cada banana del mismo cacho y cada pollito de la misma nidada.

La primera fábrica de gallinas —o de bananas— que se instale, será un nuevo hito en el camino por el que se va al desencanto.

La máquina filtra la acción del tipo sobre el mundo. Apenas deja trascender un espectro de su cualidad. Como el prisma descuartiza la luz que lo atraviesa, la máquina descuartiza al tipo que la emplea. Y es más

grave, por su proyección y en su significado, el sentido figurado que el sentido lato de ese descuartizamiento. porque cuando la máquina le agarra una mano, el tipo, por lo menos, cobra el seguro. Empero, es al sustituirlo en la faena, al afectar, descarnándola de poesía y ternura, la gracia de una creación, cómo la máquina mutila, realmente, la presencia del tipo en su obra. La máquina cuela al tipo. Suplantándolo en la aplicación de su aptitud, en la resolución de su inspiración, en el desarrollo de su pensamiento, en la maduración de su tentativa, deja apenas una borra de quien la maneja en lo que de ella sale.

El tipo no está dentro de nada de cuanto lo rodea. Tira, apenas, su pensamiento como una tangente contra el borde de las cosas, en vez de metérseles adentro y circularlas como una sangre. De esa manera, lejos de humanizar a las cosas, se va clasificando él cada día más.

No está en lo suyo, ni está en sí mismo.

Sabe mucho más de lo que es capaz de comprender, por lo cual, si bien se mira, constituye un caso especial de inflación; el tipo es una inflación unitaria y portátil. Le llama "solucionar" un problema a sustituirlo con otro. Lo único que pudo aprender hasta ahora fué a sacar un clavo con otro clavo más grande. Cada vez que quiso sacarlo con la tenaza, dejó un agujero.

Por falta de unidad espiritual carece de la aptitud necesaria para realizar sus vocaciones. Y vive un proyecto de sí mismo. Resuelve el resentimiento causado por la frustración en un desdén compensatorio —aparatoso, inexpugnable—, pese al cual necesita disfrazarse de espantapájaros para que no le coman los tomates.

Tiene miedo de dudar y tiene vergüenza de creer.

Sin embargo, en su distante alma hay un tesoro cuya posesión le haría burlarse de aquellos otros que todavía calientan su codicia y su impaciencia. Un tesoro al alcance de sus manos inutilizadas agarrando el aire, a través del camino en el que va quedando acuñada la débil huella irresoluta. En el que van cayendo quejas por no poder conseguir lo que falta o por no poder aprovechar lo que sobra. Mudo testigo —el camino sin indicadores— de un reconcentrado egoísmo —inútil, porque todo pasa— y de aquella vieja cobardía —también inútil, porque todo queda...



EL DEDO AMENAZADO

Cuando el tipo hace algo —paga un café, invita a cenar, consigue cigarrillos de a bordo—, lo echa en cara a cada rato; pero si el que hizo algo fué el otro, el tipo se encoge de hombros y le desinfla el mérito con el clásico "¡Bah!"

Por eso Hesiodo, en su "Teogonía", y Esquilo en "Prometeo Encadenado", incurren —hablando mal y pronto— en la desfachatez de sostener que la actual posibilidad de prender fuego se le debe a Prometeo, que se lo fué a robar a los Dioses y trajo unas cuantas chispas de muestra escondidas en una caña.

Sin embargo, el vice tipo de la antigüedad tuvo que pasarse 25 millones de años picando piedra [1] para darse cuenta de que con las chispas que saltaban podía encender, él mismo y cuando lo deseara, el fuego, que conocía de vista por el incendio de los árboles a los que

1 En 1937 el sabio W. C. Pei difundió la noticia de que había encontrado piedras toscamente trabajadas en depósitos del plioceno, en China; vale decir, en la época del Sinantropus pekinensis, el primer antecesor parado del tipo. Y las huellas de fuego doméstico sólo se hallaron a fines del pleistoceno, época del Hombre de Neanderthal, que vivió 25 millones de años después que el Sinantropus pekinensis y 40.000 años antes que Joe Louis.

el rayo hería, la erupción de los volcanes, la combustión espontánea de los vegetales húmedos y el sol.

Ante su descubrimiento, el antepasado empezó a frotar una contra otra todas las cosas que le venían a mano, para sacar chispas. Creyó que el fuego estaba dentro de los materiales que utilizaba para producirlo. El árbol incendiado por el rayo era para él un árbol que alardeaba de lanzar fuera sus propias llamas. Y friccionaba una madera con otra para hacer el fuego, que ya empezaba a necesitar. Pero de repente aquel desventurado borrador del tipo se pasaba horas enteras sin ver una chispa, y cuando la chispa surgía podía ocurrir aún que se emperrara la yesca húmeda y hubiese que empezar de nuevo.

Esa primitiva dificultad para obtener el fuego por fricción dió origen a la costumbre de mantenerlo encendido, que, andando los años, se hizo rito de muchos cultos, como el de Hestia en Delfos y el de Vesta en Roma.

Además de trajinar con maderas, el tipo golpeó pedernales; y luego extrajo fuego del pedernal respándolo con el eslabón.

Hacía ya 40.000 años que el tipo fregaba cuando apareció el fósforo. Fué descubierto casualmente por el hamburgués Brandt, medio alquimista, todavía, el cual para aislar una presunta substancia que transformaba la plata en oro, hizo evaporar orina por destilación a fuego fuerte y le quedó en el fondo de la retorta la maravilla luminosa, a la que llamó "fuego frío".

Ese descubrimiento se concretó, al cabo del tiempo, en los fósforos de bolsillo: un progreso emocionante sobre el antepasado que durante 40.000 años debió gol-

pear pedernales para ganarse su chispa de todos los días. Pero de pronto, sorprendentemente —¡insólitamente!—, ya disponiendo de fósforos en lindas cajas con gomita, lija y retratos de artistas, el tipo, juntando en un solo aparato el pedernal, el eslabón y la yesca, ¡inventó el encendedor! Es decir, volvió a la fricción.

De tanto gastárselo en la tentativa infructuosa, terminará quedando sin pulgar.

Pulgar no viene de pulga, como suele creerse; viene, antes bien, de *pollice,* ablativo de pollex, de *polleo*: valer.

Ya en su etimología se destaca la importancia que siempre se le concedió. ¡No habría podido ser de otro modo! Es el dedo que ayuda al tipo a abrocharse y a tratar de darse a entender cuando dice "¿me lleva?".

El que desdeñó la llamita segura que el fósforo le brindaba para lanzarse a los mismos azares prehistóricos en que se debatían los postulantes de la chispita problemática, agregó un nuevo ejemplo comprobatorio de que el tipo entra al porvenir reculando.

AQUELLO DE LOS CIEGOS Y EL ELEFANTE

Cuando el tipo le pregunta a otro qué le parece una cosa, es para que el otro le conteste que le parece lo mismo que a él. No bien la opinión que solicita difiere de la suya, el tipo se aluna. Porque siempre considera lindo sólo lo que a él le gusta; bueno, sólo lo que a él le conviene; justo, sólo lo que a él le favorece.

Y de tal manera, que la ajena opinión contraria —aun cuando él la hubiese pedido— jamás le sirve para ilustrar la suya propia, porque la mínima concesión que tuviera que hacerle a las razones del prójimo, debería hacérsela a expensas de lo que él ya consideraba decisivo, indiscutible, terminado.

Si pregunta cómo le queda el traje nuevo, es para que le digan que le queda "pintado". Rechaza cualquier objeción. Y defiende, ardorosamente, en todo caso, su predilección por la sisa apretada, o aun por el fatal globito en la espalda, debajo del cuello.

No aprovecha nunca la apreciación ajena para completar o confirmar el propio criterio; al contrario, la niega airado, por considerarla perturbadora o irrespetuosa.

Por eso fué que Hégel debió reconocer que lo único que enseña la Historia es que nunca nadie aprendió nada.

Y hasta él mismo —alemanote caprichoso— confirmaba, con su caso, la necesaria verdad de lo anterior al decir, en otra ocasión "si los hechos están contra mí, peor para ellos..."

Cuando el tipo está bien ubicado en el balcón para ver el desfile y quiere que el cuñado lo vea como lo ve él, con dejarle su sitio, basta: —"Vení. Ponete acá". El cuñado se pone y ve el desfile desde el mismo ángulo y, desde luego, con la misma amplitud y los mismos detalles que el tipo lo viera.

Pero es imposible ceder esa posición en la intimidad vital. En la dramática mismidad del verdadero mundo.

El punto de vista interior de cada uno es absolutamente intransferible. Nunca podrá el tipo, por consiguiente, tener una visión más o menos completa de la realidad, porque no es capaz de integrar su menguada visión personal con las distintas visiones personales de los otros.

Carece de sentido el sostener que se está de acuerdo o que no se está de acuerdo, porque todo consiste en un problema de ver o de no ver.

Y como cada uno mira desde un lugar distinto, y como ese lugar —situado en las espesuras del ser— no puede cedérsele a otro, como el que el tipo le cediera al cuñado en el balcón, habría que atender siempre el testimonio de la percepción ajena.

De esa manera, y como aquel viejo rey que necesitaba el otro pedazo de la moneda rota para saber el

secreto de la suerte, podría el tipo ir acercándose al sitio en que mereciera saber, a su vez, el secreto de la suya.

Decía Róbert Brówning, el poeta de "The Ring and the Book", uno de los poemas más extensos escritos en inglés, que toda la sabiduría del mundo podría sintetizarse en el viejo cuento oriental de los cuatro ciegos que se reunieron en torno a un elefante: uno de ellos le rodeó una pata con los brazos y dijo que el elefante era un árbol; otro se le recostó, y dijo que el elefante era una pared; el tercero lo tomó de la trompa y opinó que el elefante era una cuerda; y el otro, asiéndosele de un colmillo, sostuvo la doctrina de que el elefante era idéntico a una caña de pescar.

Sin embargo, más allá de la percepción de los cuatro ciegos, se alzaba, imponente y entera, toda la vieja verdad del elefante...

HORMIGA, AGRICULTURA, FLIRT, MATRIMONIO

El principio fué la promiscuidad de los clanes prehistóricos en los que cada mujer pertenecía a todos los hombres. Vestigios de esa promiscuidad se hallan en el hecho de que ciertos aborígenes de Las Marquesas compartan su mujer con quienes les ayuden en el trabajo. Y se hallaron en el de que los esquimales ofrecieran la suya al forastero, para halagarlo.

Eco, asimismo, de ese concepto —opuesto a la novelería, hoy bastante en boga, de que cada mujer debe pertenecer a un solo hombre— lo fué la entrega obligatoria de las jóvenes de Babilonia que, antes de casarse, debían esperar en el templo de Milita —la Venus Asiria— a que cualquier extranjero las eligiera como amantes ocasionales.

Ese hábito — poliandria: mujer de varios maridos— se conservó hasta ahora entre ciertos mogoles del Tibet, los Todas del Sur de la India, los negros de la costa del Malabar y entre muchas otras tribus occidentales...

En el Mahabarata, la monumental epopeya sánscrita, los cinco hermanos Pandava —Yudishtira, Arjuna,

Keshav, Govinda y Bisma— tenían una sola novia para todos: Draaupadi, la bella de los ojos de color de loto [1].

Y se dió el caso de los cuatro hermanos Paredes —Eufronio, Bibiliano, Alipio y Juan Inés— que como cumplimentaban, ignorando, cada uno, que los otros tres también lo hacían, a la misma moza —Domitila Carreño— desataron en el pago el comentario de que "tenían una china entre cuatro paredes".

Tales, algunas repercusiones de la promiscuidad del primitivo.

Empero, las primeras conquistas del clan errante y guerrero esbozaron en el hombre de entonces una rudimentaria noción de propiedad. Fué modificándose en él aquel concepto de la mujer como bien común. Se sintió dueño. Y, seguidamente, ocurrió lo contrario de lo que hasta allí ocurriera: cayó, el tipo, en la poligamia.

No fué polígamo por glotón, sino por cómodo [2]. Tenía necesidad de varias mujeres para que lo ayudaran en el trabajo. Aún hoy, en algunos pueblos africanos, cuando una esposa se dedica a la agricultura, le es necesaria otra, al negro, para que atienda la despensa, otra para que ordene los enseres y cada una de las restantes para los demás quehaceres de rigor.

Los indios de las praderas del Far West se casaban con todas las cautivas de guerra, porque les resultaban útiles para envenenar, estaquear y curtir la corambre.

1 Yudishtira, el mayor de los Pandavas —según cuenta el Mahabarata—, jugando a los dados con el rey de los kuru, perdió los cuatro hermanos y perdió a Draaupadi, que era de los cinco. Lo más triste de este asunto fué que, como se revela en la misma epopeya, el kuru le ganó con los dados cargados.

2 Antes de censurar al polígamo, hay que tener en cuenta que muchas mujeres siempre fueron pocas, de la misma manera que una mujer siempre fué demasiado.

Inaugurada la poligamia, pues, el hombre dispuso de un sinnúmero de mujeres que trabajaban para él como esclavas. No fué mejor esta suerte de la sufrida compañera que la de cuando era tomada inconsultamente por el primero que la deseaba.

Cargando hijos y remolcando muebles, la mujer seguía al tosco varón cazador a través de una marcha sin rumbo, inacabable y tremenda. Y forzábase por salvarse de la tortura de esa vicisitud, fomentando cualquier posibilidad de vida sedentaria. Todo fué en vano hasta que, aleccionada por la hormiga, se le ocurrió sembrar [3]. Debió alelarse, el hombre, ante los resultados de la siembra; pero, también, debió reconocer que ahora tenía el sustento ahí, al alcance de la mano. La cosecha, fijó el hogar.

El paso del hombre errante al hombre sedentario es el cambio de mayor importancia que se haya registrado hasta hoy en la evolución de la Humanidad [4]. Se le ha llamado a esa etapa la de la inicial domesticación del hombre [5].

Prestigiada la mujer con su invento, él, por primera vez, la respetó, ya que habiéndose *cotizado*, condicionó, ella, sus concesiones. Exigió un "trabajo" de parte de él.

[3] Pudo haber ocurrido que de tanto ver germinar las semillas caídas al azar hubiese, la mujer, atinado a sembrarlas ella. Pero pudo haber ocurrido, también, que observara a las hormigas y las copiara.

El 13 de abril de 1861 —dice H. E. Jacob en su obra "Seis mil años de pan"—, Charles Darwin leyó en la Sociedad Linneana, de Londres, una carta del naturalista norteamericano Gideón Lincecum, en la que habría logrado demostrar que las primeras sembradoras fueron las hormigas.

Así las cosas, todo invita a pensar que la mujer, de tanto verlas entregadas a su tarea, les siguió el ejemplo.

Porque con un marido como aquél, ¿qué otra cosa podía hacer la mujer, en los ratos libres, que entretenerse mirando hormigas?

[4] Pablo Kirsche, en "El Enigma del Matriarcado".

[5] Gustavo Pittaluga, en "Grandeza y servidumbre de la mujer".

Y ahí surgió un elemento de galanteo que andando los siglos vendría a dar en el "flirt".

La mujer con su negativa, sincera o fingida, se vengaba del compañero que, durante tanto tiempo, la sometiera, despótico, a su albedrío.

Alejándose cuando trataba de agarrársela, avezó al varón en el arte de hacerla acercar para agarrarla[6].

De esa faena de conquista, nació la inclinación espiritual del tipo hacia ella.

En realidad, el tipo no superó, fundamentalmente, el instinto ancestral: disfrazó de Pierrot a la bestia. Eso fué todo.

Pero aquel asedio de la máscara para vencer una negativa, debe haber sido el auspicio de la primera constancia. La inauguración del sentimiento sobre la tierra. De lo que, pasado cierto tiempo, se llamaría amor.

Luego —claro— vino el matrimonio.

Se puede decir *matrimonio, himeneo, enlace, esponsales.*

Nada más ilustrativo para el hombre casado —ni alertante para el soltero— que el origen de cada una de esas palabras.

Hay muchas leyendas sobre Himeneo, hijo de Apolo y Terpsícore. La más difundida cuenta que desapareció el mismo día de su casamiento. En las ceremonias de esponsales que siguieron a la suya, se figura que cada muchacha encuentra a su Himeneo.

6 Este movimiento pendular en la actitud amorosa de la mujer ha inspirado a Georg Simmel su "Esencia de la coquetería" en "Cultura Femenina y otros ensayos", capítulo al que el amor, como un oscilar entre un poseer y un no poseer, llega "resonando en Platón".

El tipo siente, dentro, cuando lo casan, el mismo desasosiego que el primer Himeneo: la prueba está en que no mira más que para adelante. La gente dice que es por el cuello duro. Pero es para no tentarse: si mirara a los costados y advirtiera un hueco entre los padrinos y la concurrencia, volvería a repetirse, muchas veces, la leyenda del hijo de Apolo.

Al tipo le parece que es fácil casarse porque no se acuerda de cuando lo casaron. Las flores, la marcha nupcial, el ambiente solemne de la iglesia, el latín, ejercen una acción estupefaciente sobre él; actúan como una anestesia.

Tampoco puede asesorarse observando cómo casan a otro, porque, en ese momento, sólo el cura ve la cara del novio.

Los novios, los que revisan el extracto, los pianistas, los motormen y los que hablan por teléfono en los monederos, son los únicos seres humanos que actúan de espaldas al público.

Esponsales, viene del latín *spondeos:* ofrecer solemnemente; del gregio *spendoo:* hacer una libación. Diríase, pues, que el tipo siempre necesitó animarse con unas copas para entrar por el aro.

Enlace, viene, apenas, de enlazar. Hay una vieja frase criolla —y alegórica— que describe la culminación del acto: "cayó el chivo en el lazo".

Y *matrimonio,* cuya etimología está todavía, muy discutida por los eruditos, parece que, en última instancia, procede de la raíz sánscrita: *mri:* morir. En muchos idiomas salen de la misma raíz *matrimonio* y *marido:* "*ma*riage", "*mar*riage", "*mar*itaggio".

Después que se casa, el tipo muere un poco.

Tiene que dejar un montón de amigos, un montón de amigas, un montón de copas, un montón de fichas. El casamiento es una cepillada.

Un marido, es la viruta de un novio.

Quedan algunos sabios que, remitiéndose a las estadísticas dicen que el hombre casado vive más. Otros sabios, más modernos, opinan que no es que el casado viva más; sólo ocurre que el tiempo le parece más largo.

El casado inteligente nunca debe decir "en mi casa mando yo". Antes bien, debe hacer ver que está de acuerdo con lo que se hace sin consultarlo, para que la mujer no le pierda el respeto al creer que puede hacerse en la casa lo que a él no le gusta.

Un marido aspirante a la tranquilidad hogareña debe tener, ante todo, imaginación. Inventar sitios en los que habría podido estar y en los que no haya teléfono, para evitar que pregunten, luego, si estuvo. Los sitios posibles se terminan en seguida, porque el mundo es un pañuelo [7].

Pero eso se soluciona con un poco de fantasía creadora.

El tipo debe adquirir la baquía suficiente como para darle a la mujer la alegría de llegar, algunas veces [8], cuando ella todavía no lo esperaba, para hacerla olvidar de las veces en que ella esperó en vano a que se levantara la sesión del directorio.

Y la mujer debe ser lo suficientemente inteligente como para dejar al tipo solo de vez en cuando, a fin de que le quede un rato libre para recordarla.

[7] Por eso es que no hace más que sonar.

[8] No muchas.

Si el marido es muy sensato, la mujer se aburre al año. Si la mujer es muy sensata, el marido se arrepiente a los ocho días. Hay que tener la noción de la medida. Por eso, además, el hombre no debe casarse nunca con una mujer mucho mayor que él: cuando la mujer es mucho mayor que el hombre, a los dos años el hombre parece, siempre, mucho mayor que la mujer.

Y la mujer demasiado joven nunca debe casarse con un hombre demasiado viejo porque ha de pensar que eso es lo mismo que tocar la Novena Sinfonía de Beethoven en un solo de bandoneón.

CUANDO SE OIGA LA TORTILLA

HAY en Demografía —parte de la Estadística que se definió como "la ciencia que estudia las agrupaciones sociales analizándolas en sus condiciones de cantidad y continuidad"— una llamada "ley de recuperación" según la cual, después de una epidemia, de una guerra, de un terremoto, la natalidad tiende a aumentar durante unos años.

De manera que, pase lo que pase, cada vez somos más.

Antes de la guerra de 1914, la población del mundo era de 1.800.000.000 de habitantes. En 1942 fué calculada en 2.216.000.000. A pesar de las guerras, de los choques, de los escapes de gas, de los que se agachan a ver por qué reventó el cohete, al cabo de 28 años la Humanidad aumentó en 416.000.000 de unidades.

Por otra parte, a medida que va habiendo más gente, como no puede dedicarse toda ella a lo mismo, se inventan actividades.

El tipo se adapta al medio, pero no pasivamente, sino mediante lo que Cuvillier llamó "adaptación activa" y "adaptación ofensiva" Desire Roustand.

Por su parte, el finado Carlos Marx decía que el

medio exterior no obra tanto en el tipo en una forma mecánica y directa, como despertando en él nuevas necesidades.

Por ese camino vamos a lo que en Ciencias Económicas se denomina "proliferación de la mano de obra". Aumento de oficios y de quienes los ejercen.

Hay que tener en cuenta también que en todas partes se viene superando la llamada "ley de bronce del salario". Los partidarios de la ley de bronce sostenían que cuanto más gana el obrero, más sano vive, antes se casa, tiene más hijos y los cría mejor. Los broncistas argüían que el obrero debe ganar siempre menos de lo que necesita, porque de ese modo se casa tarde, tiene pocos hijos, nacen, consiguientemente, pocos obreros, la mano de obra es más solicitada y el salario sube. Para los partidarios de la ley de bronce, pues, sólo una familia de muertos de hambre podía lograr cierta prosperidad.

Afortunadamente esa ley no se tiene, ya, en cuenta. Los trabajadores ganan más, se pueden casar antes, pueden tener muchos hijos, la mano de obra, dentro de 20 años será abundante y barata...[1]. Habrá de todo a bajo precio. Cada vez habrá más cosas y el tipo necesitará ganar más para comprar lo que, aunque cueste menos, será más numeroso. Los nuevos artículos siempre tientan al tipo, sobre todo si son baratos. Pero cuestan más diez cosas baratas que una cosa cara. El tipo tendrá que multiplicar sus entradas para tener todo lo que va a necesitar, en tanto que la excitación que los es-

[1] Como se ve, la doctrina de los que se oponen a la ley de bronce del salario daría, en cambio, hijos muertos de hambre de familias prósperas.

caparates ejerzan sobre él, hará cobrar, a la novelería, condición de verdadera necesidad.

Antes usaban lentes negros sólo los que tenían conjuntivitis o deudas. Hoy necesita lentes negros todo el mundo.

Antes, el tipo normal tenía su ropa y, como motivo de envanecimiento personal, el reloj de oro con cadena y una medalla colgada en el medio, que casi siempre había sido del padre. Hoy tiene encendedor, reloj pulsera, sujetacorbata, boquilla con filtro, portafolio, insignia, estilográfica y agenda. Y debe munir a su familia de licuadora, heladera eléctrica, vitaminas, máquinas de coser portátil, combinado, entradas para el cine, máquina de lavar, queso fresco, revista y pagar en cuotas el resto.

Por eso es que al tipo le viene faltando tiempo para ganar lo que le permita adquirir todo eso.

Va, viene, corre, habla por teléfono, sube, baja, manda telegramas y siempre le queda la mitad de las cosas por hacer.

Claro: demora en vestirse, demora en bañarse, demora en comer.

Se inventaron las camisas abiertas hasta abajo para no seguir despeinándose con las que había que ponerse por arriba; pero resulta que ahora el tipo demora diez minutos en abrocharse la camisa y cuando se pone el pullover se despeina lo mismo.

Dentro de unos años, en vez de vestirse le convendrá, al tipo, pintarse: dos manos de un ripolín sufrido al que se le pueda pasar un trapo húmedo y, listo.

Bañarse consistirá en tomar una cucharada de algo; porque si tomando levadura de cerveza se saca el sal-

pullido, nada se opone a que pueda sacarse una mancha de huevo tomando cualquier otra cosa.

El problema de la alimentación, empero, es el que, aparentemente, está más cerca de su solución definitiva.

A esta altura debemos enfrentarnos con los reflejos.

El arco reflejo, cuya primera noción se le debe a Descartes, sigue teniendo hoy la misma definición —reputada de sorprendente por Gley en su "Fisiología"— que le diera, ya en 1743, Astruc de Montpellier: es "una impresión transformada en acción".

Cuando al tipo le pinchan una pierna con una tijera, los nervios sensitivos llevan la impresión a la médula, la médula la trasmite al nervio motor y el nervio motor retira la pierna para que el tipo pueda agarrar envión y darle una patada al que lo pinchó.

A principios de este siglo el sabio ruso Ivan Pavlov descubrió los llamados *reflejos condicionados*. Como hay fibras que unen las zonas sensitivas de la impresión con las zonas motrices del movimiento, el sabio hizo la siguiente experiencia: le puso delante a un perro un pedazo de carne. Justo cuando el perro veía la carne, el sabio tocaba un timbre. Escondía la carne, volvía, luego, a ponerla y, otra vez el timbre. Es decir: asociaba la impresión sonora del timbre a la presencia de la carne. Al ver la carne se producía en el perro el llamado reflejo salivar. Y bien: después de 50 veces de tocar el timbre mostrándole la carne, con sólo tocar el timbre y sin ver, ya, la carne para nada, al perro se le hacia la boca agua lo mismo.

Las experiencias realizadas con el tipo en ese sentido fueron incalculables y asombrosas. El profesor Metalkinov —discípulo de Pavlov— provocó la inmuniza-

ción de un organismo mediante los reflejos condicionados: asociaba una inyección de microbios con el sonido de una trompeta y, al poco tiempo de repetir eso, pudo comprobar que el solo sonido de la trompeta había adquirido el poder de hacer aumentar los glóbulos blancos de la sangre.

Incluso la palabra se ha utilizado como estímulo condicionante. El profesor Platonov haciéndole creer a un paciente que bebía agua —tres vasos seguidos— sin que los bebiese, con sólo repetirle "usted bebe agua", "ha bebido usted otro vaso", "usted bebió ya tres vasos", hizo aumentar la diuresis del paciente [2].

Cuando el tipo no tenga tiempo de comer, o cuando tenga cosas más importantes que comprar que víveres —helicópteros, máquinas de leer, tapados fosforescentes, zapatos con suela oruga con los que podrá caminar quedándose parado— la señora lo alimentará siguiendo alguno de esos sistemas: tocándole un timbre al tiempo que el tipo coma su tortilla o su milanesa, hasta que le baste con el timbre solo o diciéndole, como Platonov: "Vos estás comiendo tallarines", "Antonio: ya va el segundo plato de tallarines", "¡Ay, Antonio, no comás tantos tallarines, qué cosa!"... con cuidado, claro está, de no empacharlo.

2 Son conocidas las pruebas de Charcot, Wéber, Kraft-Ebbing, Sorel, Héler, Schultz, que produjeron con sólo la palabra trastornos, locales profundos en muchos pacientes. El doctor Podiapolsky —citado en sus "Brulures et abcés par suggestion" por S. Metalnikov en "La lucha contra la muerte"— estudió prolijamente casos de quemaduras típicas de la piel producidas sin otro agente que el estímulo verbal.

LA PARTE LASTIMADA

Se cayó el clavo que estaba suspendido, en el dormitorio, el retrato de ella. Había sido el regalo de cumpleaños para él. El hombre que tiene un retrato de la mujer en la cartera, otro colgado frente a la cama y a la mujer propiamente dicha en la cama de al lado, siempre termina —aunque no beba— en uno de esos delirium tremens que hacen ver elefantes rosados.

Ella había salido con la cara apoyada en un hombro, como un violinista; y muerta de risa.

(¿De qué se reirá la gente que se ríe en los retratos?)

—Vos no te hagas mala sangre, que yo el sábado lo arreglo en dos patadas. Es cuestión de un momento. . . —dijo él, al encaminarse hacia la puerta para salir rumbo a la oficina, mientras ella, que lo seguía, iba sacándole una pelusa de la espalda.

Y el sábado, en efecto, el tipo subió a un banquito, agarró el martillo, y cuando ella, que estaba cuidando la leche, oyó lo que él dijo al segundo martillazo, fué corriendo con gasa y alcohol.

El tipo se había sacado una lonja del pulgar izquierdo.

Al otro día, cuando el ómnibus frenó, él, que, naturalmente, viajaba parado, pegó con el dedo en el respaldo de un asiento. Y masculló la eterna protesta:

—¡Uno siempre se pega donde tiene lastimado!

Decía Sócrates, en El Cratilo: —"No todos los hombres son artesanos de nombres". Porque Platón opinaba que "el nombre es el alma de la cosa —o del acontecer— con él denominada".

Cuando el tipo les encuentra un nombre apropiado a las cosas que le pasan, ni aunque se alegre, se alegrará desatinadamente con las buenas, y ni aunque sufra, sufrirá desesperadamente con las malas.

El tipo *no se pega donde tiene lastimado;* sucede a menudo que *tenía lastimado donde se pegó.*

Pega siempre en alguna parte con el dedo, con el codo, con la rodilla, con la nuca; pero no teniendo lastimado, no siente; en cambio, teniendo lastimado, sí.

Si el tipo se pegara donde tiene lastimado, sería una *fatalidad.* Pero como apenas se da el caso de que tiene lastimado donde se pega, es una *casualidad.*

Quien se hiere por casualidad sentirá el mismo dolor en su herida que aquel que por una fatalidad se hiriese. Pero es infinitamente menor la proyección interior de su padecimiento.

Siempre ha de ser preferible ver al tipo sólo con la cabeza vendada y admitiendo que *dió la casualidad* de que había una cáscara donde pisó, que verle, además, con una amargura en el alma por admitir que... *fué a pisar justo donde estaba la cáscara.*

CUANDO SE LLEGA A SABER LA VERDAD, SE SABE MUCHO MENOS QUE ANTES DE HABERLA SABIDO

CADA verdad que el tipo va sabiendo desaloja la ilusión con la que él se había compensado de su ignorancia, y suprime, así, todo lo que esa ilusión embelleciera y salvara.

Cuando Newton, el sabio, explicó el arco iris, recibió la maldición de John Keats, el poeta.

Un día, Moisés se puso a la cabeza de su pueblo para liberarlo de la esclavitud que sufría en Egipto. Jehová inspiró y ayudó al caudillo en todo momento para que tuviera éxito en su aventura: les señaló el camino a través del mar, separó las aguas para que pudieran cruzarlo e hizo ahogar a los enemigos que se lanzaron tras ellos. Así pudieron llegar, Moisés y su gente, al desierto de Sin, entre Elim y Sinaí.

Como pasa siempre, todo anduvo bien hasta que empezó el hambre.

En este punto, le estaba destinada a Moisés la pesadumbre de oír, plañidera la queja y, duro, el reproche de los salvados: "Ojalá hubiéramos muerto por mano

de Jehová en la tierra de Egipto, cuando nos sentábamos a las ollas de las carnes y comíamos pan en hartura...".

Jehová no demoró en tomar una resolución. Le dijo, en efecto, a Moisés: "Entre las dos tardes comeréis carne y por la mañana os hartaréis de pan".

Venida la tarde, subieron tantas codornices que cubrieron el real y a punto de llegar la nueva mañana cayó como un rocío y, así que dejó de caer, se vió sobre la haz del desierto una cosa menuda, ante la que los hijos de Israel se preguntaron unos a otros: "¿Qué es esto?" [1] Y Moisés les dijo: "Es el pan que Jehová os da para comer".

Era el maná [2] que caía del cielo.

¡Qué milagros tan bonitos! Las codornices, más ariscas, si cabe, que la propia gallina, apresadas sin trampas, sin escopetas, sin honda, sin sal en la cola. Y el dulce rocío caído del cielo como un pan celeste.

Pero el fisiólogo turinés Angelo Mosso en su libro "La Fatiga" dice que cuando las codornices emigrantes del África llegan a su punto de destino —que lo es el

1 Exodo XVI, 13.

2 Dice la "Enciclopedia del Católico", dirigida por monseñor Giustino Beson, traducción castellana del canónigo doctor Cipriano Monserrat. Tomo III, página 567. Barcelona, 1951: "Según una etimología popular, la palabra "maná" significa *"¿qué es esto?"*; y en el Exodo se relata que los israelitas, al ver en la superficie de la estepa aquel polvillo escamoso, se dijeron *"man hu?"*, porque no sabían *"qué era"* —(*"mah hu"*)— y que por eso dieron a aquella substancia el nombre de *man*. Pero *"man hu"* no puede significar "¿qué es esto?", porque en tal caso hubiera debido decirse *"mah hu"*; por eso se cree que los hebreos conocían ya con el nombre de *man*, aunque nunca la hubieran visto, la *tamarix mannifera*, de los botánicos, y que se preguntaron *"¿man hu?"*, o sea *"¿es maná, esto?"*. ¡De manera que hasta ya habrían sabido los hebreos qué era el maná!

desierto de Sin— de agotadas que se hallan caen inmóviles y ni siquiera ven.

De manera que Moisés las agarró distraídas y cansadas.

Será verdad, pero, sin duda alguna, era más lindo lo otro; porque, con esto, lo único que se demuestra —que vuelve a demostrarse— es que, cuando se distrae o lo cansan, hasta el más arisco se deja agarrar con la mano.

Y en cuanto al insólito maná, es una materia azucarada que cierto insecto hemíptero, de la familia de los cóccidos —la *gossyparia*— deposita sobre las ramitas del *taray*[3] y que hay que juntar antes del alba, porque después se derrite[4].

También será verdad, pero también, asimismo, era más lindo lo otro; porque, con esto, lo único que se demuestra —que vuelve a demostrarse— es que no hay nada que le venga al tipo de arriba.

Hace algunos años una dama romana llamada Lucrecia, esposa de Tarquino Colatino fué incomodada de hecho[5], por Sexto, hijo de Tarquino El Soberbio. Y se mató. Se mató porque dijo que no quería constituir sobreviviendo a la guarangada, ni ejemplo ni pretexto para la deshonra de ninguna romana.

El varón que más deprimido —e inseguro y a la expectativa— hubiese quedado ante la historia de la mujer del panadero, recuperaba sus confianzas pensando en Lucrecia.

3 Tamarix mannifera.

4 Moisés sabía que eso se deshacía en seguida de ahí que le dijera a su gente: "Ninguno deje nada de ella para mañana". Exodo XVI, 19.

5 Hoy se dice *apestillar*, del latín *pessulo*, ablativo de *passalos*, del griego *passalos:* cerrojo. En pocas palabras: metérsele en la pieza sin permiso y cerrar la puerta con llave.

Muchas obras de arte inspiró la heroína: la pintaron Jacobo Palma, El Tntoretto, Alberto Durero, Guido Reni.

La Lucrecia de El Tintoretto ya tiene listo el puñal para clavárselo en la aorta. Una de las de Guido Reni —Guido Reni pintó dos— ya lo tiene clavado en el estómago. La de Alberto Durero se lo hundió, a su vez, en el hígado.

Sin embargo, teniendo en cuenta las actitudes menos decididas de la Lucrecia de Filippo Lippi, de la de Lucas Granach, de la de Geldorp, que sólo figuran preparándose, pero sin gesto muy convencido, para atravesarse a último momento y teniendo en cuenta que la proporción de tentativas infructuosas de suicidio es mucho más elevada entre las mujeres que entre los hombres" —Maurice Halbwach "Les causes du Suicide"— y, aun, la versión de que Lucrecia no se mató hallándose sola sino que fué a hacerlo, deliberadamente, en presencia de Colatino, su esposo, y del viejo Lucrecio, su padre, el doctor Gustavo Pittaluga —"Grandeza y Servidumbre de la Mujer"— esboza la posibilidad de que Lucrecia se haya ido a acuchillar ante dichos parientes confiada que la atajarían.

Dice el autor citado que en lo de Lucrecia hubo mucho teatro.

Apenas habría ocurrido que la nerviosidad la hizo apurar un poco.

Admitido que, en general, al ser humano no le está bien suicidarse porque no se pertenece —y no se pertenece porque le debe al sastre, al peletero, al taller mecánico— permítase admitir que actitudes como la de

Lucrecia entonaban considerablemente el ánimo de los oteluchos.

Si estas campañas de reivindicación de la verdad histórica continúa, van a llegar a demostrar que no fué tejer, precisamente, lo que hizo Penélope en Itaca mientras esperó a Ulises y que no fué a su difunto marido Felipe a quien seguía, desmelenada, doña Juana la Loca, sino a alguno de los vivos que, para congraciarse con ella, fingía que iba ayudando a levantar el muerto. Y, finalmente, que Greta Garbo se casó con el fotógrafo sólo para conseguir su objetivo.

Cuando, antes, alguien preguntaba por qué Napoleón había perdido en Waterloo, unos contestaban que porque habiéndole señalado un pastorcito a Blücher —jefe del refuerzo prusiano— cierto atajo desconocido, Wellington había podido contar a tiempo con las tropas que iba necesitando para lanzar contra las del corso. Era tierno.

De pronto, salía Víctor Hugo a exhibirse con sus fuegos artificiales: ¡No fué Wellington quien venció a Napoleón! ¡Fué Dios! ¡Porque llegó a molestarle la gloria del hombre más grande de la tierra!" Era patético.

Aparece, no obstante, ahora el doctor Bloumgarten de Nueva York y dice que la derrota de Waterloo se debió a una insuficiencia hormónica del Emperador. Es viejo.

Con eso lo único que se demuestra —que vuelve a demostrarse— es que la Historia no es mucho más que una competencia glandular. Un torneo de adrenalinas.

Diríase que fué ayer, nomás, que el tipo, sentado a los pies de la abuela, le preguntaba, mientras se movía

con la lengua el colmillito flojo y torcía, nervioso, la punta del guardapolvo: "¿De qué era el zapato de la Cenicienta?" La abuela levantaba los ojos de la puntilla primorosísima —cada espacio una ausencia, cada nudo un amor— y respondía ufana como si hubiese sido ella la que tuviera a su cargo calzar a la afortunada muchachita: "¡Era de cristal!"

¡Y claro que era de cristal! No puede haber ningún hombre honrado que en el fondo de su alma no siga sintiendo la necesidad de que el zapato de la Cenicienta haya sido de cristal y que no sea capaz de defender con todos sus corajes y fervores eso, poco pero encantador, que le fué posible seguir creyendo!

Aparecieron, empero, los exégetas. Y dijeron: "No. El zapato de la Cenicienta era de cuero". Arguyeron que donde Perrault puso "pantoufle en vaire" —zapatina de cuero— el traductor entendió "pantoufle en verre" —zapatina de vidrio—. Y si trabajan unos años más en este asunto son capaces de demostrar que fué mentira que la calabaza se transformó en carroza y los ratones en caballos para que pudiera ir la Cenicienta a la fiesta del rey. Y su osadía llegará a pretender reírse de los nobles ignorantes que confían serenamente en la magia de esas cosas, porque muchas veces, aquí, en el mundo que se tiene a mano, han visto cómo un adiós se transforma en lágrimas, un hallazgo en sonrisa, un beso en suspiro, una semilla en diamela, un huevito en pichón.

¡Qué poco queda de las cosas cuando se las explica!

¡Qué insensatos los que se inquietan cuando no les encuentran explicación a las cosas!

LA LECCION DEL MICROBIO

El organismo humano es una colonia de células con un sentido tan admirable de la comunidad que cada una realiza su trabajo —en el nervio, en el músculo, en el hueso: inhibiendo, impeliendo, sustentando— dentro de una prodigiosa armonía.

Sin embargo, el tipo nunca fué capaz de acondicionarse entre los demás como están acondicionadas entre ellas las células que lo forman.

Procede —célula de la Humanidad— como procedería una neurona a la que le diera la loca de fabricar jugo gástrico o un osteoblasto que se escapara de su hueso para ir a pasar un rato al riñón.

El equilibrio de las funciones en que no interviene la inteligencia del tipo, se desbarata cuando la inteligencia interviene.

Por novelería trata, él, de imaginar nuevas formas que aquellas de la propia vida entrañable para caracterizar la actividad trascendida.

Sin embargo la imaginación no le fué dada al tipo para modificar lo que junto con ella se le asignara, sino para que inventase, completándose, lo que no se le dió.

Se necesitaron millones y millones de años para que los microbios primitivos, que andaban a la deriva por un mundo cachorro, se agruparan en colonias y se especializaran por grupos para llegar a esta sorprendente exhibición de un pecho que alienta, unos ojos que ven, una boca que llama, un cerebro que piensa.

¡Cómo puede pretender el tipo, entonces, inventar un orden mejor, distinto al de sus células, en las menguadas veinte mil horas que se le conceden para que venga a curiosear a la tierra!

De pronto, empieza a gotear una canilla.

La gente que no puede oír gotear una canilla se divide en tres grandes grupos: el de los que se van a una pieza alejada y cierran la puerta; el de los que le cuelgan a la canilla un trapo para que el agua se deslice silenciosamente; y el de los que se remangan y se disponen a arreglar la canilla.

Nadie piensa, de inmediato, en cambiarla, que es lo que debiera hacerse [1].

El tipo dobla el diario, se levanta y manda pedir una llave inglesa prestada.

Enciende un cigarrilo y mira la canilla detenidamente como para estudiarla, antes de empezar la operación.

Corta la lengüeta de un zapato viejo —pero que, todavía, para un día de lluvia, podría haber tirado— y hace el redondel que irá a sustituir al cuerito gastado de la canilla.

Antes de destornillarla, empero, ya el tipo quemó el borde de la mesa con el pucho.

1 Por no haberse acostumbrado a hacer lo que debe, siempre queda debiendo lo que hace.

En seguida se le cae la llave inglesa en un pie y, además, la tuerquita que asegura el cuero en la canilla.

El tipo apaga el pucho pisándolo, se frota el pie dolorido contra la pantorrilla de la pierna del al lado y recoge la tuerquita de abajo de la pileta.

Coloca la parte de la canilla que había sacado y aprieta con la llave.

Está gastada la rosca.

Como el tipo no tiene estopa de la que usan los plomeros, manda buscar un pedazo de piolín. Lo moja con saliva para que quede pegado a la rosca y aprieta otra vez. La rosca, con el piolín, se tranca. La parte de arriba de la canilla queda requintada sobre la parte de abajo. Parece un sombrero a lo Gardel.

Cae la llave inglesa a la pileta y rompe un pocillo. Salta, asimismo, la cucharita al suelo.

Cuando el tipo va a empezar a buscarla, la pisa.

A esta altura de la peripecia suspira y, para tomarse un descanso reparador en el que, empero, ha de seguir pensando —"ocio fecundo", que le dicen algunos filósofos— se mete las manos en los bolsillos del pantalón.

Y se clava la tijera con que había cortado el redondel de la lengüeta.

Al día siguiente, a las nueve, toca el timbre el plomero.

El tipo lo acompaña a ver la canilla. Va adelante, explicando.

Y cuando después de dejarla pronta el plomero dice que son ocho pesos, opina, el tipo, que "eso es robar la plata".

El tipo siempre desvaloriza la colaboración de los demás en todo aquello que, sin esa colaboración, él no podría haber impedido que siguiera goteando.

DECADENCIA DE UNA FAMILIA

En el centro del Africa, allá por el Nilo Blanco, viven los shilluks, un pueblo negro que a pesar de haber sido superado en cultura por los pueblos del Africa occidental, tiene muchos puntos de contacto con el hombre civilizado. En efecto: los shilluks tocan la guitarra, no comen avestruz y practican la poligamia.

Sin embargo, cada vez que un shilluk tiene necesidad de otra esposa —sea de repuesto, sea para ampliar el stock— la cambia por una vaca.

Y cuando quieren serles gratos a un amigo, lo tratan de "buey mío".

Esa valorización de la vaca —y de su compañero el toro y de su cuñado el buey— se remonta a épocas antiquísimas.

Los egipcios representaban a Isis, la diosa a la que atribuían el descubrimiento del trigo y la cebada, con cabeza de vaca. Y el símbolo de Osiris —nieto del Sol, espíritu del Nilo, fertilizador de la tierra, salvador de la cosecha, dios máximo— era el Buey Apis.

En las viejas mitologías indias identificábase el

trueno con la voz del toro celeste, que asustaba al propio león del cielo[1].

Cuando Homero describe a Hera —reina del Olimpo— como a las más majestuosa de las diosas, le llama "la de los ojos de novilla"[2].

Y Eurípides comparaba la voz del toro con la de Júpiter[3]. Y Hesiodo decía que la familia consiste en el marido, la mujer, los hijos y el buey.

Entre los caldeos, "toro, vaca y ternera" constituía la representación de la trinidad astronómica "tierra, luna y sol", que figura, todavía, en ciertas decoraciones de las logias masónicas.

En Asiria, las vírgenes destinadas al culto de Milita, consagraban a la vaca su doncellez.

Y San Irineo, al comentar las visiones de Ezequiel, considera al buey símbolo del sacrificio y de la vocación sacerdotal[4].

De tanto en tanto se cometía algún disparate contra la familia. Los druidas hechiceros de la vieja Galia, sacerdotes del culto del roble, creían que todo cuanto en el roble se criaba era sagrado y servía para curar cualquier cosa. De tal manera que con grandes ceremonias recogían el muérdago crecido en dichos árboles[5].

Se vestían de blanco, sacrificaban tres toros blancos y gordos bajo el roble elegido, trepaban por el tronco, luego, y cortaban el muérdago con hocecitas de oro. Y estimándose al muérdago como remedio contra la esteri-

1 En los himnos védicos se le llama al ardor bélico *gaveshana*, ambición de vacas. Y la palabra *gavisti* —batalla— significa luchar por las vacas.

2 Ilíada IV.

3 "Hipólito" (1200-1229).

4 "Adversus Hæreses", Cap. III, 11, 8.

5 El muérdago es el "phoradeundron flavescens", que ahora el tipo usa para adornar los árboles de Navidad.

lidad, ¡lo clavaban en el techo de los pesebres para que las vacas no se olvidaran de tener terneros!

¡Les mataban a los toros más buenos mozos y querían arreglarlas con una rama de muérdago!

Esa debe haber sido, sin duda, la primera falta de respeto que se cometió contra la vaca.

Pero los viejos libros santos de la India[6] proclamaban que el lenguaje místico debía representarse con una vaca de cuatro mamas, cada una de las cuales figuraba un sonido fundamental de dicho lenguaje. De dos mamas de aquéllas —*svaha* y *vasat*— se alimentaban los dioses; de la otra —*hanta*— los hombres; de la otra, aún —*svadha*— las almas. El lenguaje místico tenía dos partes esenciales: aliento y espíritu. El *prana* —aliento— era el toro. El *mana* —espíritu— era el ternero. Pero el principio mediador entre el toro y el ternero, es decir, entre el cielo y la tierra, era la vaca.

Todas las religiones orientales tuvieron como base el culto de la vaca. Y de la familia.

Gautama —El Buda— quedía decir "El Conductor de la Vaca", por alusión a la *vaca astral*. Era, pues, un cowboy, tanto más cuanto que su esposa —hija del príncipe Dandapani— se llamaba Gopa, que quería decir "La Vaquera".

Y dice San Gregorio Magno[7] que Cristo fué hombre por su nacimiento, buey por el sacrificio de su vida, león por su resurrección y águila por su asención.

Hay algunos hombres que, lo mismo que cualesquiera otros, creen que el prójimo constituye siempre un

[6] Brihadaranyaka Upanishand V,8,1.
[7] Homilía, IV,12.

foco de infección. Entre quienes sustentan esa creencia están los betchuanas del Africa y algunos hindúes.

Una vez un príncipe hindú mandó dos embajadores a un país extranjero, y cuando regresaron, considerando que estaban contaminados, pensó que la única manera de purificarlos era haciéndolos nacer de nuevo, siquiera simbólicamente. Hizo construir, el príncipe, una gran vaca de madera, hueca; metió a los embajadores dentro, y, luego de obligarlos a quedar un rato, les ordenó que salieran de la vaca "por la vía natural" [8].

Y los consideró liberados de todo el mal que pudiesen haber contraído en su trato con extranjeros, gracias a haberse purificado renaciendo de una vaca.

Los betchuanas, cuando vuelven de hacer visitas, en vez de pasarse alcohol, como la gente civilizada, tocan una vaca.

Con el transcurso de los años se fué acentuando progresivamente la desconsideración que, respecto de la vaca, iniciaran los druidas.

La vaca, empero, siguió sin inmutarse, la peripecia de su destino.

Le usaron al toro, su amante esposo, para corridas y para exposiciones; le usaron al novillo, su doncello, para hacer factura de cerdo; le usaron al buey, padrino del ternero, para arar y como ejemplo. Y ella siguió como si nada hubiese ocurrido. Masticando su chicle. Luciendo su tradicional mirada filantrópica. Prudente y tranquila.

No conforme con lo que de ella sacaba, el tipo disolvió en amoníaco la caseína de la leche descremada

[8] James Frazer, "La Rama Dorada", Cap. XIX.

y sacó el lanital, una fibra sintética que sirve para hacer pantalones· O camperas [9].

Pese a su inmemorial prestigio, pues, ésta es la hora —crucial, que le llaman— en que, después de pasarse la vida exprimida para hacer café con leche y casimires, toda vaca es transformada en milanesas de ternera, zapatos de becerro, fichas de marfil, brochas de pelo de marta y boquillas de ámbar. Sic transit gloria mundi.

[9] El profesor Ward Perkins (U.S.A.) hizo calentar agua en una olla hasta los 50°. Luego, trasvasó dos litros de esa agua caliente a un recipiente más chico y le echó sal, medio kilo de malta y cien gramos de harina. Puso el recipiente, durante una hora, a baño de María. El líquido que le quedó, colado con muselina, fué vertido en una cacerola. A "eso" le agregó ochenta y cinco gramos de harina de soya, un litro y medio de agua, y lo dejó hervir una hora más. Cuando lo sacó del fuego, dijo que... ¡era leche! Leche sin-tética.

¡God save the vaca! ¡Después de miles de años de ordeñarla incesantemente, sale ahora un sabio inventando la leche, sólo para abochornarla!

PARADOJAS

Como con la Lógica que inventó Aristóteles no se ha ganado nada, porque es una Lógica que no puede aplicarse ni al fútbol, ni a las carreras, ni a la copa Melba [1], ni al Derecho, ni a la agricultura, ni al gin-fizz [2],

[1] El tipo nace con una indeclinable tendencia a enseñarle todo a los demás. De ahí que nunca, nadie, aprenda nada. Cuando el tipo lee "Don Quijote" piensa que él lo habría escrito mejor. Cuando oye la música de Wagner queda con la seguridad de que, a él, le habría salido con menos ruido y la de Verdi con menos jalea de membrillo y la de Stravinsky menos jitanjafórica.

Impelido por tal predisposición fué que consideró oportuno *mejorar* la COPA MELBA.

Cierto día de 1913 concurrió a un viejo y aristocrático hotel de la Rue Rivoli la cantante australiana —creadora de la "ELENA" de Saint Saëns— Elena Parter Amstrong, que se rebautizara *Nelly Melba,* como homenaje a la ciudad de Melbourne en que había nacido.

Hablando con el maitre —el famoso Augusto Escoffier— la Melba ponderó el gusto de las peras. Y Escoffier quiso prepararle una sorpresa para el día siguiente. Aspiraba a crear una PERA MELBA. Pero... ¿cómo? Luego de mucho pensar, puso un helado de vainilla en una copa de plata. Y ahí se detuvo. ¿Qué añadiría, ahora? ¿Puré de grosellas? ¡No! Estaba muy *visto.* Además, se acompañaba, ya, con él, al filet de jabalí (1). Era necesario un gusto... *bravío* que separara lo dulce del helado de lo agridulce de la pera.

—"¡Frambuesas!", gritó, de pronto, Escoffier.

Uno ha comido frambuesas en seguida de arrancarlas del pie de la montaña. Tienen gusto a rosas; pero, en la *ultimidad* del gusto a rosas, aparece una avispa que pica en la lengua.

La combinación era absolutamente *lógica:* vainilla, pera, frambuesas.

No obstante, el tipo entró a *perfeccionarla.*

Y, hoy, perfeccionada, la COPA MELBA —durazno, bizcochuelo, cassata, uvas, chantilly y la guinda, arriba, como una boina— es un conventillo.

[2] Le echan gin para hacerlo fuerte y le echan soda para hacerlo flo·

---

1 *Filet de sanglier avec purée de groseilles sucrée.*

resulta saludable, para toda persona seria, menudear sus incursiones al más vistoso mundo de la paradoja.

Quien mucho se destacó en este juego encantador de explicar las cosas como al parecer no son, que es la única manera —aunque suene a paradoja— de ir acercándose a lo que son realmente, fué Eubúlides Milesio, discípulo de Euclides de Megara e integrante de la famosa escuela de los megáricos, junto con Elexino[3], Diodoro Cronos[4] y Estilpón[5].

La paradoja por antonomasia está contenida en su argumento llamado *El Mentiroso*. Dice así: "Según Epiménides[6] todos los cretenses mienten. Epiménides es cretense. Por lo tanto Epiménides dice la verdad"[7]. En

jo; le echan limón para hacerlo ácido y le echan azúcar para hacerlo dulce. La principal acepción de *fizz* en inglés es *sisear*. Sisear, en castellano, quiere decir "murmullo de desaprobación". El tipo, pues, bautiza con la designación de una repulsa, aquello de lo que, luego, repetirá cuatro o cinco vueltas. Además —¡oh lógica del mundo!— en cada una de las vueltas, al levantar la copa, le dice al otro: "A *su* salud". Y se la toma él.

3 Quería decir "El discutidor". Peleaba todo el día con todo el mundo.

4 Este Diodoro Cronos era un tipo tan preparado que según un epigrama de Calímaco

Aun Momo escribía
en paredes y muros: "Crono es sabio".

Y Momo era el dios de la burla y el escarnio.

5 El pobre Estilpón tenía una hija bastante destornillada. Pero él no se achicó jamás ante la chamichunga a que daban lugar los malos pasos de la grieguita. Y una vez en que uno le dijo que la conducta de la hija sólo le servía de oprobio, él respondió "no me dará tanto oprobio ella a mí por ser como es, como le doy honor yo a ella siendo lo que soy".

6 Epiménides, llamado el Gnosio porque había nacido en Cnossos, capital de Creta, fué un filósofo contemporáneo de Solón. Se cuenta que siendo todavía un muchacho su padre lo mandó al campo a llevar una oveja. Llegado el mediodía Epiménides entró, con la oveja, a una gruta, para guardarse del sol. Y se durmió. Al despertar, dentro de la gruta, en el suelo, había un pullover viejo: era todo lo que quedaba de la oveja. Epiménides había dormido 57 años. Es una de las siestas más largas que se conocen.

7 Este razonamiento lo emplea Cervantes en la segunda parte de El Quijote. Cuando Sancho era gobernador de Barataria había en la ínsula

efecto: si todos los ciudadanos de Creta mentían, Epiménides, que era ciudadano de Creta, también tenía que mentir. Pero al decir que todos mentían, estaba diciendo la verdad.

Protágoras de Abdera —al que en aquel de Los Diálogos que lleva su nombre Platón respeta más que a Sócrates— llegó a enseñarles tan bien el arte de la argumentación paradójica a sus discípulos que alguno de ellos, aprovechado y no lerdo, llegó a superarlo.

Protágoras avezó a Evatlo, en efecto, en la elocuencia forense, y arreglaron el pago de las lecciones así [8]. Evatlo se obligaba a saldar los honorarios del filósofo cuando ganara su primer pleito. Pero como pasó el tiempo y Evatlo no pagara, Protágoras lo demandó. Y cuando ya se encontraban ante el tribunal le dijo el maestro a su presunto deudor: "De cualquier modo tendrás que pagarme: si pierdes el pleito, los jueces te condenarán a pagar y me pagarás por sentencia. Y si ganas el pleito, aunque no te condenen los jueces a pagarme, deberás pagarme porque habíamos convenido en que me pagarías cuando ganaras el primer pleito". Y le contestó Evatlo: "De ningún modo tendré que pagarte, maestro: si los jueces me absuelven, su sentencia me libera de la deuda. Y si no me absuelven y pierdo el pleito, tampoco

un puente y junto al puente una horca en la que era ahorcado todo viandante que, preguntado adónde iba, se hiciera sospechoso, al responder, de que mentía. Pero uno contestó "Voy a que me ahorquen". Y ahí se armó el lío. Porque como el tipo había dicho que iba a que lo ahorcaran, si lo ahorcaban no había mentido y no debía, por tanto, ser ahorcado. Pero si ni lo ahorcaban sí había mentido y, entonces, había que ahorcarlo.

8 Protágoras era un maestro muy carero. Dice Diógenes Laercio —*Vidas de los filósofos más ilustres, Libro X. Protágoras. 2*— que "fué" el primero en cobrar cien minas de salario". Bien que la mina era una moneda teórica, griega, equivalente a cien dracmas, resulta chocante oír decir que antes le pagaban al tipo en minas, cuando hoy, con ellas, siempre es el tipo quien queda pagando.

he de pagarte porque en nuestro pacto sólo acordamos que te pagaría si el pleito lo ganaba yo".

Y no le pagó ni medio.

Se registran en Física la *paradoja hidrostática* expuesta por Pascal[9], la *paradoja dinámica* del cuerpo que, librado a su propia fuerza, sube, en vez de bajar, por un plano inclinado.

¿Y acaso no se ha llegado a demostrar, con un poco de buena voluntad, que 1 es igual a 2?[10].

Además, nadie podría sostener honradamente que las argumentaciones de los sofistas son contrarias a la lógica del mundo, entre otras cosas porque:

1: la Cirugía es una rama de la Medicina cuyos progresos no implican otra cosa que el atraso de la Medicina en proporción directa. Porque si el tipo se enferma de una pierna y el cirujano se la tiene que cortar es porque el médico no supo curársela.

2: al tipo le enseñaron en la casa y en la escuela que es feo embromar a otro y exige que los demás crean que él no es capaz de hacerlo. Pero ¿no es con desdén y con burla que dice el tipo de otro "ese no embroma a nadie"?

3: al tipo le enseñaron en la casa y en la escuela que el hombre debe ser bueno. Si alguien deja entrever

9 "La presión de un líquido en el fondo del recipiente que lo contiene, no depende de la forma de la vasija ni de la cantidad del líquido, sino de la densidad del líquido y de la altura que éste alcance sobre el fondo".

10 Si tenemos dos números iguales —$a = b$— y los multiplicamos a ambos por a, nos queda $b \times a = a^2$. Si ahora se resta a los dos miembros de la igualdad el mismo número b^2 —porque si con cantidades iguales se hacen operaciones iguales los resultados son iguales— queda $b \times a - b^2 = a^2 - b^2$, o lo que es lo mismo $b \times (a - b) = (a + b) \times (a - b)$. Dividiendo, ahora, los dos miembros por $(a - b)$ nos da $b = a + b$ y como $a = b$ resulta igual escribir $b = b + a$, por lo cual $b = 2b$. Luego $1 = 2$...

que sospecha de sus bondades, el tipo se enoja y pide explicaciones. Pero ¿no es con evidente propósito de tratarlo de cretino que dice, luego, de otro "es un buen hombre"?

4: el tipo siempre admite que le puede pasar cualquier cosa y nunca está preparado para nada.

5: quisiera vivir eternamente, y no sabe cómo hacer para pasar una hora sin aburrirse.

6: dice Allen Raymond en su libro "¿Qué es la tecnocracia?" que "los fabricantes de ladrillos no habían podido lograr durante más de cinco mil años un promedio mayor de 450 ladrillos por día y por individuo. Una fábrica moderna de funcionamiento continuo producirá 400·000 ladrillos por día y por operario".

Y nadie encuentra casa.

CANIBALISMO

El "homo homini lupus" de Plauto [1] no siempre pudo considerarse, como lo hiciera Thomas Hobbes, una figura de retórica, porque muchas veces el hombre ha comido hombre no como lo come el lobo, sino que con cuchillo y tenedor.

Esa apetencia del tipo por su prójimo mereció la opinión condescendiente de mucha gente destacada.

No puede negárseles ingenio a Diógenes El Cínico: cuando un cretino le enrostró cierto defecto en su pasado, él repuso: "Hubo un tiempo en que yo era tal cual tú ahora, sí; pero como yo soy ahora no serás tú nunca". No puede negársele amor por sus semejantes, porque decía que "debemos dar la mano a los amigos con los dedos extendidos y no doblados". No puede negársele vergüenza, porque una vez en que lavaba él mismo las legumbres para su alimento, otro cretino le dijo: "Si te acercaras a los poderosos, no tendrías necesidad de lavar tus legumbres", y él le contestó: "Si tú lavaras tus legumbres, no tendrías necesidad de acercarte a los poderosos" [2].

1 Tito Maccio Pauto. "Asinaria", II.
2 Diógenes Laercio. "Vidas de los Filósofos más Ilustres", VI, 26.5. 28.

Y bien. Cuando las multitudes atenienses se mostraban repugnadas ante la escena en que Tiestes, engañado por Atreo, creyendo que come lechón se come a sus propios hijos [3], Diógenes se burlaba y decía que "la carne humana no podía reclamar ningún privilegio sobre otra carne cualquiera".

Por su parte, el sabio francés Toissenel dijo: "Disculpo a todos los culpables que tienen hambre". Como podría creerse que Toissenel disculpaba a quien robase un pan, es necesario aclarar que la frase fué pronunciada para disculpar a los que comían persona.

Es de antigua data la afición del tipo por trinchar al prójimo.

Decía San Jerónimo que los escoceses del ejército romano gustaban llevar gente a su mesa todos los días.

Asada.

Los indios fueguinos preferían la carne de mujer a la de perro, porque decían que "el perro tiene gusto a nutria" [4].

Otros indios comían mujer por necesidad. En efecto, cierto día en que el Reverendo Padre Papetard —misionero católico— propalaba su fe en U. S. A., se le acercó un indio piel roja y le dijo que quería convertirse al cristianismo. Después de interrogarlo y saber de su vida, el sacerdote le aclaró que no estando permitida por la ley de Cristo la poligamia, sólo podría ser bautizado cuando no tuviese más que una esposa. Se retiró el indio esa vez; pero volvió al poco tiempo y le dijo, humilde y alegremente, al Reverendo Papetard: —"Padre, ya no tenga más que una esposa". —"Ah, muy bien.

[3] Esquilo. "La Orestiada".
[4] Will Durant. "Nuestra Herencia Oriental". Cap. II

¿Has devuelto la otra a su familia?" —"No padre. Me la comí" [5].

John Ogilby, en su notable libro sobre la América precolombiana, dice que indios norteños vendían reses de caballeros y de damas a las dueñas de casa aztecas.

No se hacía cuestión por el sexo.

Refiere el propio Nicolay que, hallándose el explorador míster Emile Petitot a orillas del Gran Lago de Los Osos, conoció a un indio septuagenario dulce, tímido, llamado Kra-nda —"Ojo de liebre"—, con el que, encantándole su bonhomía, conversó largo rato. Cuando el viejo se despidió, otros indígenas, que conocían su vida privada, le informaron a Petitot que se había comido a dos esposas y un cuñado.

Como no faltará quien —no habiendo probado— se interese por el paladar de este tipo de viandas, cabe recordar que un natural de Tahití le dijo a Pierre Loti que "el hombre blanco, bien asado, tiene gusto a banana".

Pero los negros también se comen entre ellos. Sir Henry Morton Stánley, el famoso explorador galés, sostuvo que sólo en la cuenca del Congo —donde llegó en 1881— había 30.000.000 de caníbales.

Los últimos censos practicados en esa zona registran una baja del 50 por ciento en la población calculada por Stánley. Una mitad se comió a la otra.

Mientras el tipo se mantuvo en el estadio del pensamiento pre-lógico y tuvo el sentido mágico del mundo, rigió esa magia por dos leyes: "lo semejante produce lo semejante" y "las cosas que una vez estuvieron en con-

5 F. Nicolay. "Historia de las Creencias". Tomo II. Libro V. Cap. VI.

tacto siguen afectándose a distancia aunque se haya cortado el vínculo material que las uniera". Fueron la magia *homeopática* y la magia *contaminante*. En virtud de esta última —o sea de que sigue existiendo una unión entre partes separadas que antes estuvieran unidas— es que el primitivo creyó que podía embrujársele, por los mechones de su pelo o los recortes de sus uñas, con palabras de hechicería que sobre ellos se pronunciasen. Por eso muchos enterraban el pelo que se cortaban, o las uñas, en sitios escondidos, y aun en los templos de sus dioses. Cuando un negro cafre despioja a un amigo, le entrega, religiosamente, y bien contados, los parásitos que le sacó, porque como se habían alimentado de la sangre del amigo, si otro los matara, esa sangre, y por consiguiente la vida del despiojado, podían caer en posesión ajena y servir para hacerle daño.

Y en virtud de la magia homeopática —"lo semejante produce lo semejante"—, el salvaje creyó que adquiría las virtudes de aquello que incorporaba a su cuerpo. Comían carne de tigre para ser más bravos, ojos de águila para ver más lejos, y corazones de mirlos cantores para ser más elocuentes. Y se comían al enemigo vencido seguros de munirse, así, de sus cualidades.

Han quedado muchos vestigios del pensamiento mágico en el pensamiento crítico y de la actitud influída por el primitivo animismo en la reflexiva actitud del tipo actual.

El moderno abrazo afectuoso tuvo su origen en el movimiento del antiguo antecesor para engullir alimentos; para atraer hacia sí una cosa que le resultaba agradable, y que, por otra parte, tenía que resultarle preciosa en tanto que proveía a su sustento. El abrazar tuvo

su origen en el acto premonitorio del devorar. Y el gesto del dedo que señala es el resultado de un movimiento prehensor que al evolucionar se vino debilitando, hasta quedar transformado en una simple indicación[6].

El tipo, señalando, manifiesta su elección: —"Déme esa"... Y le dan la corbata escogida.

Antes, pues, se apoderaba de las virtudes de su prójimo agarrándolo y comiéndoselo.

Hoy, señala la presa que eligió cuidadosamente, después la abraza, y al final se la traga.

Se le queda, a la presa, con todo, lo mismo que el caníbal antañón. Pero lo que es justo reconocer es que ahora no la mastica.

Tragar sin masticar, para evitarle al tragado el sobresalto inherente al sentir que lo tragan, es un gran paso que se ha dado hacia la consideración del semejante.

6 Wilhelm Wundt. "Völkerpsychologie".

BURROS, ESCORPIONES Y PÁJAROS

Es muy difícil convencer al burro de que haga lo que uno quiere. De ahí que el tipo haya transformado el nombre del burro en adjetivo que le sirva para calificar al prójimo mentecato. Porque siempre considera mentecatos a quienes no comparten su manera de pensar o se resisten a hacer lo que a él le da la gana.

Nobilísima, empero, fué la inspiración que llevó a Juan Ramón Jiménez, abogado de Platero, el burrito de cristal, a decir que "...cuando un hombre es bueno debieran decirle asno y cuando un asno es malo debieran decirle hombre...".

Mucho consuelan, sin duda, tales actitudes en favor del animal.

San Marcario, El Viejo, eremita de la Tebaida, iba de visita montado en un cocodrilo amigo. Y se cuenta que hizo penitencia siete años por haber matado una pulga.

San Dunstand, monje benedictino, abad de Glastombury, consejero de Edmundo I y célebre por su sabiduría, rezaba, una vez, frente a una gruta, con los brazos en cruz. Inmóvil. Extático. Un pájaro que pasaba lo confundió con una figura de piedra y bajó y puso un

huevo en una de las manos abiertas del devoto que, para no defraudar al pájaro, siguió inmóvil y extático hasta que el huevo estuvo incubado y salió el pichón. Sólo entonces San Dunstand bajó los brazos.

Pero son casos aislados.

En general, el tipo maltrata, calumnia o menosprecia al animal. El se ha dado el título de Rey de la Creación por haber presentado la novedad de la inteligencia. Pero esa inteligencia no le alcanzó para desempeñar una auténtica reyecía. Quedó, apenas, en efecto, en un capataz de la Creación, cargo que cumple con ayuda del látigo, la coyunda, las espirales, las riendas, las espuelas, la escopeta y el DDT. Si se llamara a elecciones libres de las que pudieran participar el conejo y la vaca, la gallina y el perro, el camello y la foca, la corvina y el león, el ratón y la perdiz, nadie podría presumir que fuese el tipo quien saliera electo. Ni aunque les hubiera prometido a los sufragantes que se haría vegetariano.

El tipo calumnia al escorpión, cuando lo compara con el prójimo envenenado. El más activo de los escorpiones —"Bothus" o "Androctonus occitanus"— es triste, solitario y tímido. Y cuando se ve acorralado, haciendo gala de una soberbia heroica, se clava en el cuerpo el ponzoñoso aguijón de la cola y se suicida.

¿Por qué, entonces, tratar de escorpión a quien, bien mirado, carece de condiciones para ser un escorpión como la gente?

El tipo calumnia al tiburón. La Oficina de Aeronáutica de la Flota Norteamericana declaró: "no existe peligro alguno de que un hombre que flote con un salvavidas sea atacado por los tiburones". Esa afirmación es el fruto de la experiencia recogida por cientos de

aviadores de la Unión que, durante la última guerra, se vieron obligados a descender en el Pacífico y a permanecer, a veces muchos días, en balsas de goma hasta que fueran a salvarlos. Ningún tiburón les atacó nunca. Se desvanece la leyenda de una ferocidad que contribuyeron a difundir con sus relatos el Capitán Cook y Emilio Salgari. Los tiburones se abstuvieron de atacar a los aviadores norteamericanos caídos en el mar, no porque también ellos simpatizaran con la causa de las naciones unidas, sino porque son por naturaleza, individuos bonachones. Si van a la zaga de los navíos, es porque saben que las sobras de los alimentos se tiran al agua; y ellos las aprovechan. Y si en vez de caer el resto de la mayonesa, cae el contramaestre, el tiburón no tiene la culpa. Carece de un espíritu crítico del que tampoco el tipo dispone.

Cuando alguien se muestra como un semi-idiota, el tipo dice: "es un gato".

Y el gato siempre cae parado...

Cuando alguien se obceca en lo suyo y olvida lo ajeno y no ayuda, ni atiende, ni da, el tipo dice: "es un perro".

Y el perro es el único ser que se rasca para afuera.

Cuando el tipo quiere tratar a otro de infeliz dice: "no es capaz ni de matar una mosca". ¡Como si no fuera mucho más difícil matar a una mosca que a un tío!

Cuando se trata de propalar la insignificancia de un semejante, dice, el tipo: "es un insecto"· ¡Como si él hubiese salido victorioso alguna vez en su lucha contra la langosta, el mosquito o la pulga!

¡Y le llama pájaro al cretino y ave al sinvergüenza!

Denigra, así, una condición que ennoblecen con su

ternura las palomas, agracian con su canto los mirlos, agudiza con su viveza el tero [1] y espectabiliza con su política el avestruz [2].

Dice Paul de Saint-Victor en su preámbulo al comentario de "Los Pájaros" de Aristófanes, que los ángeles son pájaros de Dios.

¿Y las pájaras?

Altos méritos cabe reconocerles por más de una circunstancia sorprendente.

Cuando la tórtola enviuda ya no canta, ni se posa en ramas floridas. Y revuelve el agua para enlutecerla con barro antes de ponerse a beber.

Dice, justamente, Tirso, en "La Dama del Olivar":

La tortolilla con suspiro quiebra,
viuda, los vientos, por el bien que pierde,
y mientras las exequias le celebra
huye del agua clara y roble verde.

Y en nuestra especie, a los seis meses ya se alivian el luto.

1 Pone el huevo en un lado y va a gritar a otro.
2 Cree que si él no mira, no lo ven.

EPITAFIOS

Estilo lapidario se le llamó al de la literatura de los epitafios. Los hubo de una ternura emocionante como aquel que compusiera Meleagro, el poeta enamorado, para la tumba de Aisigene, una de las mocitas más lindas de Abdera: —*"Madre Tierra: ¡Salud! Séle leve a Aisigene, que ella ha pesado tan poco sobre ti!"*

Marcus Pacuvio —considerado como el fundador de la tragedia latina—, sobrino de Ennio, amigo de Cicerón, plagiado por Virgilio en *La Eneida,* redactó este epitafio para que colocaran, llegado el momento, sobre su huesoteca —*"Joven que pasas tan a prisa, esta piedra te llama. Mira y lee. Aquí yacen los huesos del poeta Pacuvio. No tengo más que enseñarte. Adiós".*

El Cardenal de Richelieu había escrito el suyo así: *"Hice mucho mal y poco bien. El bien que hice lo hice mal y el mal que hice lo hice bien".*

En una de las lápidas del plinto sobre el que se alza, en la plaza de la Villa, de Madrid, la estatua de don Alvaro Bazán, marqués de Santa Cruz, hay unos versos lapidarios que terminan en estos:

Rey servido y patria honrada
dirán mejor quién he sido

por la cruz de mi apellido
y por la cruz de mi espada.

Francisco de la Torre y Sebil, por su parte, fué un poeta del siglo XVII, nacido en Tortosa, que alcanzó el hábito de Calatrava y la privanza del marqués de Astorga. Pero ni con eso engordó. Su fama de poeta era pareja a su fama de flaco. De tal manera que también él mismo se dejó escrito el epitafio:

Aquí yace en dura calma...
Mas nada yace, porque
aqueste poeta fué
todo alma.

Y lord Byron puso sobre la tumba de su perro: *"Tenía todas las virtudes de los hombres y ninguno de sus defectos"*.

Y luego, estuvo aquel:

Yace aquí Fidel Maidana
tapado con esta losa.
Nunca en la vida hizo cosa
que no fuera una macana.

Hace poco, empero, encontraron el epitafio de Tamerlán. Timur-i-lan. "El cojo de hierro".

Dice Harold Lamb, en un libro fascinante que se titula "La Marcha de los Bárbaros", que cuando se estudien bien las campañas guerreras de Tamerlán, ha de ser considerado como el comandante de caballería más completo de la Historia.

Se hacía llamar *Amir al Kadr,* que quería decir El

Gran Señor, en su vieja lengua tártara. Y en aquel siglo XII en que vivió, fué el terror del mundo.

Hasta los reyes de Occidente le temían y se estremecían al oír su nombre bárbaro resonando en el sobresalto de los viajeros que llegaban con el pecho jadeante y los camellos enfermos de las comarcas de Oriente deshechas y aventadas por el enemigo feroz.

Tenía por costumbre hacer levantar, a la entrada de las ciudades que conquistaba, una pirámide hecha con los cráneos de los vencidos.

Y luego, para festejar la proeza, mientras las trompetas atronaban el aire, los jinetes de la horda desfilaban al galope tendido, haciendo restallar el brío de sus potros y los colorinches de sus vestiduras, ante el invencible emperador.

No hace mucho tiempo, una comisión de sabios soviéticos, encargada de buscar la tumba del guerrero —murió invicto mientras preparaba una expedición contra la China—, la encontró en Samarkanda. Y sobre una de las losas, como póstuma fanfarronería, como una confirmación de la trágica necedad que fué siempre característica saliente en todos los tamerlanes —o tamerlanuchos—, figura el epitafio: *"Si yo viviese hoy, la Humanidad temblaría"*.

¡Pobre Tamerlán!

Charlie Gemora es el actor que encarnó los tipos de bestia más impresionantes en la historia del cine. Son inolvidables sus interpretaciones de "Ingagi", del gorila en "La Isla de las Almas Perdidas" y de "King-Kong". Sin embargo, decidió dejar el género porque dijo que "era un trabajo sin porvenir". Agregó que ya nadie se asusta. Ni de King-Kong, ni de nada. El mono espantoso

que horripilaba a millones de espectadores adultos unos años atrás, llegó a hacer estallar de risa hasta a los concurrentes de las matinées infantiles.

Por su parte, Boris Karloff también dejó su Frankestein, confesando, con verdadera pesadumbre, que ahora, el monstruo, en vez de empavorecer, hacía gracia.

¡Pobre Taberlán!

Los rusos, en Atomgrad, están tratando de neutralizar la ionósfera para conseguir que lleguen todos los rayos cósmicos, sin filtrar, a la tierra, con lo cual se proponen afeitar hasta el pasto.

Los norteamericanos tienen resuelta la Bomba H, que puede borrar 70.000 personas por minuto.

"Si yo viviese hoy, la Humanidad temblaría".

¡Pobre Tamerlán!

Pluguiése a los Hados que resucitara sólo un instante para asomarse a este mundo, ocho siglos más viejo y cien veces más bandido que el que él conoció y vería cómo tendrían que abanicarlo y hacerle oler Agua de Colonia.

JITANJAFORAS

El loco que se cree Napoleón no se cree, de ninguna manera, mucho más de lo que suele creerse el cuerdo. Sólo que el loco manifiesta su presunta condición abierta y desinteresadamente; y el cuerdo la disimula, porque al carecer de la seguridad de que el loco disfruta, teme verse frustrado ante el juicio ajeno.

El loco adopta por fuera el mismo ademán que el cuerdo se presume adentro.

Pero el hecho de que sus inhibiciones le permitan mantener oculto lo que el otro muestra, no significa —ni mucho menos— que no trate, el cuerdo, de sacar provecho explotando, *como quien no quiere la cosa,* la supuesta condición que el loco despilfarra sin esperar resultados.

El loco es, sin duda, más honrado. Pero no menos cuerdo. O, siquiera, no es menos cuerdo únicamente a causa de las ocurrencias por las cuales el cuerdo lo trata de loco.

Los psiquíatras prudentes no se atreven, ya, a marcar el límite que separa la supuesta locura de la —desde luego que también supuesta— cordura de los hombres.

Y bien: los locos inventan palabras [1].

[1] Se la llama *jargonofasia* a esta facultad.

El doctor Enrique Mouchet [2] le oyó decir a una paciente cosas como: *señoritas periodicasténicas, dentistas astojacménicas, leyes calusticias.*

El doctor Emilio Mira y López [3] asistió a la confesión de otros demorados en el sentido de que tenían *ideas trasmetalizadas y eterimagnetocolubrizadas por el estado helicoidal.* Hubo los que afirmaban que eran *hidústicos, relipetánicos, carjovéticos o simpulíneos.* Otros, aún, se han sentido *mixinetizados, teorquizados* y veían *estrumigencias.*

A propósito de estas perturbaciones del lenguaje en la esquizofrenia dicen los psiquíatras que "el sujeto nos produce la impresión de que no siente lo que dice o no dice lo que siente".

Pero es justo reconocer que esa impresión no sólo se recibe oyendo hablar a esquizofrénicos *declarados*...

De pronto el tipo *normal* hablando con palabras normales a las que el uso o las Academias les asignaron un significado, no dice absolutamente nada o dice lo contrario de lo que piensa o dice, aun, lo que nunca habría querido decir.

Entonces ¿qué se gana con que quieran decir algo las palabras?

Además, en el mejor de los casos, siempre se dice lo mismo: "el lechón de noche es pesado", "ya vendrán tiempos mejores", "no somos nada"...

El tipo adulto y *normal* no demuestra la necesidad de decir otras cosas.

En cambio el esquizofrénico, con su regreso al esta-

2 "Psicopatología del pensamiento hablado". Ed. Médico Quirúrgica. Buenos Aires 1945.

3 "Psiquiatría". Ed. Salvat. Barcelona 1935.

do del criterio mágico, dispone de asociaciones insólitas y —¿por qué no?— bien pudiera ser que aunque no se produjera, paralelamente, en él, un descuartizamiento del pensamiento lógico, lo mismo necesitara palabras inexistentes para expresar estados o percepciones que no tuvieran precedentes en la historia mental del tipo *sano*.

También el niño, que está más cerca de lo mágico inventa palabras [4].

En el terreno poético —el único en que se registra alguna tentativa más o menos honorable de meterle una cuña al horizonte que se aplasta contra el suelo de las horas y levantarlo para contemplar el día 367— no hay ninguna necesidad de entender lo que se dice para desentrañar su sentido.

Dijo Paul Elouard: *El cisne de mi sangre se ha comido todas las grosellas del mundo.*

Y Federico García Lorca:

Verde que te quiero verde
verde viento. Verdes ramas,
el barco sobre la mar
y el caballo en la montaña.

Y si se dijera:

Pachilitama lifina
cocaringo muningón.
Titocurrita tatina,
papacota bilondina
¡chacharrá colingundina!
Lumitón.

4 Entre muchas otras cosas está aquello de

la vieja
virueja
de picopicotueja
de pomponirá.

¿No sería lo mismo?

¿No podría ser esa una solución en tanto que cuando se oye conversar a dos personas tiéntase, quienquiera que atienda, a suponer que con la palabra *—signo arbitrario y convencional* le llamó Whitney— y, particularmente, con las palabras a las que se les acordó una acepción, ya no puede decirse nada?

—Hola, ¿qué tal?

—Acá andamos. Ya lo ve.

¿Por allá?

—Más o menos. Hoy bien, mañana regular. Pero, nos defendemos.

—Bueno, mientras haya salud. Lo principal es la salud.

—Ah, seguro. Salud hay una sola y una vez que se pierde no se puede comprar con plata.

—Por eso le estoy diciendo.

Uno de ellos se acomoda el diario debajo del brazo. El otro se tira para abajo las puntas del chaleco y hace una pequeña flexión para desincrustarse el pantalón de la entrepierna.

—Parece que se asentó el tiempo, ¿no?

—Hasta que no cambie el viento, no crea. Ahora, si cambia el viento, sí. Pero yo, a mí, mire, no habiendo humedad ¿no es cierto? Yo soy una persona que, a mí, la humedad me voltea.

—Sí, claro. La humedad es lo que tiene.

—Por eso le digo.

Y cuando regresan a sus respectivas casas, los dos dicen lo mismo en la mesa: "Hoy me encontré con fulano. Charlamos como una hora de un mundo de cosas".

Es preferible creer que el tipo cuando habla no

dice nada —con lo cual sólo se admite la innocuidad de las palabras actuales— que creer que algo se dice al hablar y el tipo no entiende, junto a lo cual habría que admitir una involución hacia el estadio de la bestialidad en el que todavía no se habían inventado las palabras.

Las jitanjáforas podrían constituir un ensayo de solución todavía inédito.

Fué Alfonso Reyes[5] quien bautizó con el nombre de jitanjáforas a las palabras que no quieren decir nada.

Cita, el ilustre mejicano, unos versos que decía, siendo niño, y cada vez que se enojaba, el poeta Miguel Angel Osorio —que también se llamó Ricardo Arenales o Porfirio Barba Jacob:

La galindijóndi júndi
la járdi, jándi, jafó,
la farajíja jíja
la farajíja fo.
Yáso déigo, déiste, húndio,
dónei sopo don comiso,
¡Samalesita!

Revela el autor su impresión de que estos versos debieron ejercer determinante influencia en el poeta Mariano Brull quién, y para que los recitasen sus hijas cuando iban visitas a la casa, componía otros como éstos:

Filifama alabe cúndre
ala olalúnea alífera
alveoléa jitanjáfora
liris, salumba, salífera.

5 "La Experiencia Literaria". Losada. Buenos Aires 1942.

Olivia oleo olorife
alaláì cánfora sandra
milingítala girófara
zumbra ulalíndre calandra.

Al conocer esa producción, Alfonso Reyes eligió, de entre las otras de tal estrofa, la palabra *jitanjáfora,* y le puso Jitanjáforas de sobrenombre a las hijas declamadoras de Mariano Brull, para luego, a manera de homenaje, extender la designación de jitanjáforas a todas las palabras con que el poeta componía sus versos.

Por no atreverse a llevar a fondo su reforma —una de las más alentadoras de las registradas en estos últimos milenios— los surrealistas se vieron limitados a decir, como Benjamín Peret: "Los elefantes son contagiosos", "Aplastemos dos adoquines con la misma mosca". "Hay que pegarle a la madre mientras es joven"[o].

O como Najda, la mujer de André Bretón: "La garra del león aprieta el corazón de la viña".

Teniendo en cuenta que se ha llegado a una altura del desentendimiento en la que nadie pone, ya, atención en lo que va a decir el otro porque calcula, de antemano, que no le convendrá entenderlo, cabe reconocer que la jitanjáfora sería por lo menos una novedad.

¡Qué alivio se experimentaría diciéndole al semejante "Fucunimbú mamicordión pipotín. ¿Bichauquera? ¡Peñute!

¿Qué quiere decir *mamicordión?* ¿Qué quiere decir *peñute?*

Todavía no se sabe.

Pero ya llegará el día en que al salir el tipo a la

o "152 Proverbes mis au gout du jour".

calle de mañana se la encuentre llena de peñutes y de mamicordiones. Y hasta de jolijántoros.

Más vale que no se deje agarrar desprevenido.

Y, después de todo, decir lo que todavía no quiere decir nada, es aprovechar a decir decentemente aquéllo que, cuando quiera decir algo, ¡quién sabe para decir qué van a decirlo!

EXCURSIÓN A MAÑANA

CUANDO el emperador Shih-Huang-Ti empezó a construir la Gran Muralla, vivía en las vertientes de Kuchao un leñador que se llamaba Vangghí. Camino del bosque, le sorprendió, cierto día, la lluvia, y fué a cobijarse a una cueva de la montaña. Dentro, encontró a dos viejos que estaban jugando al ajedrez. Uno de ellos le ofreció un dátil; Vangghí lo comió y se quedó dormido. Al despertar, fué a tomar el hacha, que había dejado cerca, y se le hizo polvo el mango en la mano.

Vangghí había estado durmiendo dos mil años.

Si nos comiésemos el dátil esta noche y despertáramos en noviembre de 3952, ¿qué encontraríamos?

¿Cómo será el tipo?

Ante la ocurrencia de quedar dormidos durante todo este tiempo no puede menos que desentumecerse una resignada curiosidad por el futuro.

¡Qué lástima no se haya inventado una máquina para fotografiar lo que todavía no existe! En cambio, el tipo de entonces sabrá cómo había sido el de ahora, en tanto que se le deja inventada la máquina para fotografiar lo que existió.

El ingeniero inglés Georges De La Warr sostiene

que "todo acontecimiento que se ha producido en el pasado existe aún, en forma de ondas de energía"[1].

Y, con una buena máquina, se puede retratar. De La Warr manifestó que había obtenido, en 1950, la fotografía de un hecho acaecido en 1928. Y sigue trabajando, con su esposa y tres ayudantes, en su laboratorio de Oxford. Tienta el abrigar la esperanza de que algún día le sea posible a cualquiera retratar, desde acá, a Popea Sabina bañándose en su leche de burra[2], o a Brunelleschi en el momento de parar el huevo[3].

No se vislumbra, empero, la misma posibilidad con respecto al futuro.

¿Cómo será el tipo en 3952?

Hay quienes dicen que su evolución física ha terminado y que con el resto de energía que le quedó se inició, ya, en él, su evolución psíquica.

El hombre de dentro de mil años se parecerá, interiormente, al actual, tanto como el actual se parece a una foca[4].

Advendría, pues, no el mundo del *superhombre* de

1 El ingeniero De La Warr basa su teoría en la de los *quantum* de Planck. El quantum es un *grano* de energía capaz de materializarse al chocar con algunos núcleos y viajar impulsado en ondas que los acumulan en ciertos puntos y los enrarecen en otros. Esos *paquetitos* de energía —los quantum— viajan, pues, eternamente. La teoría del quantum no sólo anula el "Natura non facit saltus", sino que, también, la creencia de que las ondas se amortiguan paulatinamente hasta desaparecer.

2 En los pesebres de mármol del *Palacio de Oro* que abarcaba tres de las Siete Colinas de Roma, hecho construir por Nerón, se alojaban las ¡500 burras! herradas de plata que ordeñaban para el baño de Popea Sabina, emperatriz.

3 Lo de que fué Colon quien paró el huevo resultó un infundio propalado en 1565 por Girolamo Benzoni en su libro "Storia del mondo nuovo". Quien paró el huevo fué Filippo Brunelleschi el arquitecto de la cúpula de Santa María del Fiore.

4 Gerald Heard "Dolor, Sexo y Tiempo".

que hablara Nietzsche, sino el mundo del *todo hombre* proclamado por Scheler.

El tipo, como dirección fundamental del Universo, pudiéndolo todo, de este lado de Dios.

Nuevas posibilidades tendrían sus sentidos quizá unidos por una acentuación insólita de la actual senestesia [5].

Cuando Helmoltz describió a los nervios como *conductores indiferentes* dijo que si llegara a existir algún día un cirujano capaz de unir el nervio óptico a los gangliocitos de la esfera auditiva y el nervio auditivo a los de la esfera óptica, *"oiríamos* el relámpago y *veríamos* el trueno".

Debe haber en el fondo de la mismidad humana —que es donde está lo más real del tipo [6]— una latente posibilidad de lo que Helmoltz utilizaba, apenas, como ejemplo ilustrativo, porque cuando la embriaguez que produce la mescalina o el sopor que produce el pentotal, anulan ciertas inhibiciones, el tipo *ve* los ruidos y *oye* los colores.

¿Es que en 3952, suponiéndole esos entrecruzamientos en su sensibilidad, podrá *palpar* la música [7] u *oír* el gusto del arroz con calamares?

Claro que, posiblemente, ya no sepa qué es el arroz —ni las papas fritas, ni el bife a caballo, ni el filet Paraná— porque el doctor Otto H. Warburg —Premio

[5] Sensaciones *sinestésicas* son aquellas en las que un sonido se asocia en la conciencia con la impresión de un color *—audición coloreada—*. En algunos el *La* mayor produce una sensación de rosa; el *Re* menor, de azul. Arthur Rimbaud, en su famoso poema de las vocales decía *"A, notr. E, blanc. I, rouge. U, vert. O. bleu"*.

[6] "Quien pensó lo más profundo, ama lo más vivo". Hölderin.

[7] Por su genealogía el oído es un sentido táctil especializado. Dice Helen Keller —la ciega sordomuda de nacimiento— en su libro *El mundo en que vivo:* "con el tacto percibo las vibraciones en todos sus matices".

Nobel 1931— al estudiar a fondo la función clorofiliana de las plantas se extrañó de que el tipo no pueda, también, *alimentarse* por fotosíntesis, transformando la luz en energía química vital.

Tal vez —merced al descubrimiento de nuevas aptitudes y a su instrucción— dentro de dos mil años *almorzar* será ponerse un rato al Sol.

Hay, empero, quienes anticipan que el aspecto físico del tipo variará enormemente. Opinan así los sabios que se atienen a la historia de la cara. La cara fué inventada por los primeros seres que caminaron para adelante. A fuerza de hacerlo, emitieron formaciones nerviosas destinadas a percibir, a captar, a *comprender* aquello con lo que, en un principio, toparon ciegamente.

Así empezó la cara. Se la ha definido como "una máscara para sorprender y atrapar comida, colocada delante del cerebro".

Poco después de inaugurarse, la cara adquirió una importancia fundamental en la figura de los individuos.

Llegó un momento en que la mandíbula, hecha para asir la presa, se desarrolló enérgicamente; no obstante, cuando el tipo se paró, y pudo agarrar con la mano, comenzó una violenta resección de la mandíbula utilizada, de entonces a ahora, nada más que para masticar, abrir la boca y calzar la bufanda.

La cara se fué achicando. Y agraciándose.

Incluso, la sonrisa superó al hocico.

Y bien: hay sabios que dicen que la evolución del cerebro todavía no ha terminado. En una palabra: que al tipo le hace falta más seso[3].

3 Sin embargo, el célebre Walter Dandy del *John Hopkins Hospital* de Baltimore, entre otros tantos neurocirujanos, le sacó a muchísimos enfermos el hemisferio cerebral derecho entero —esferoctomía— y con sólo la

La bóveda craneana deberá agrandarse y lo hará a expensas de la cara. Así como el Sinanthropus Pekinensis al presentar la frente escurrida hacia atrás y, por otra parte, un notable prognatismo, daba la impresión de que con aquella cara tan grande la cabeza le quedaba chica, en el tipo de dentro de varios siglos, en cambio, aumentando el cráneo para alojar el seso que todavía necesita, la cabeza tan grande haría parecer que lo que le quedaba chica era la cara.

¿Será, en efecto, el tipo de 3952 más descarado que el de ahora?

¿Nacerá, como ahora nace, inválido? [9].

En un estudio sobre lo esencial de la estructura humana, el holandés Lodewijk Bolk, remitiéndose a la Anatomía Comparada, sostiene que el tipo nace detenido en un estado fetal del mono [10].

Ocurre que la gestación del tipo es muy breve. Los padres se casan y a los nueve meses —a veces muchísimo antes— él ya nace.

Es poco para quedar completo.

Por eso es que las formas fetales que en el mono son transitorias, en el tipo se estabilizan.

El tipo tiene una forma pluscuamperfecta por lo inacabada [11].

Pero ¿no habrá fábricas de gente en 3952?

mitad de los sesos siguieron pensando lo mismo que antes. También se han sacado los lóbulos frontales —lobectomía— y, pese a que hombres como Burdach, Flechsig, Brocca y Bechterew consideraron a esa parte del encéfalo "centro primordial de las funciones psíquicas", los lobectomizados se volvieron más alegres y haraganes. Dos demostraciones de talento.

9 El mono recién nacido ya se agarra, el potrillo camina y el ballenato nada. El tipo recién nacido, en cambio, sólo grita, escupe y mama.

10 Lodewijk Bolk "La Humanización del Hombre" *Revista de Occidente,* Diciembre de 1927 y Enero de 1928.

11 Juan J. López Ibor "El descubrimiento de la intimidad".

Los vitalistas, que negaban la posibilidad de hacer en el laboratorio producto alguno de los que el cuerpo humano elabora, sufrieron un rudo golpe cuando Friedrich Wholer hizo úrea sintética con carbonato de amonio.

Y de ahí para adelante, Charles Robert Warington preparó tiroxina sin tiroides y otros obtuvieron testosterona de la zarzaparrilla y progesterona de la semilla de soya.

Nadie se había metido con la proteína —piedra fundamental en el edificio químico de la vida— porque su molécula era medio complicada.

Pero, he ahí que aparece de pronto el doctor Robert Woodward, químico de la Universidad de Harvard, y realiza en su laboratorio una molécula de proteína con todas las características de las del pelo y la piel. En mitad del experimento los materiales con que el doctor Woodward actuaba, se hicieron cargo ellos solos del trabajo y completaron —sin la intervención ulterior del sabio— el desarrollo de la molécula.

¿No puede considerarse esto como el paso inicial dado hacia la fabricación de gente?[12].

12 No hay que tener muy en cuenta lo que opongan los sabios a esta posibilidad porque —como lo hace notar Itsvan Rath-Vegh en "Historia de la estupidez humana"— un año antes de que volaran los hermanos Montgolfier, el gran Lalande escribía en "Le Journal de Paris" que "sólo un loco puede creer que flotar en el espacio sea factible".

El ilustre Lavoisier negó la existencia de aerolitos, sugiriendo la taradez de quienes creyeran que "del cielo podían caer piedras".

Los compañeros de Luiggi Galvani, el descubridor de los efectos fisiológicos de la electricidad, se reían al verlo experimentar con ranas y le llamaban *el maestro de baile de las ranas.*

"Et vola comme on ecrit l'Historie; puis fiez-vous a messieurs les savants", le csreíbia Voltaire a Madame Du Deffand, lo cual, traducido, viene a querer significar lo mismo que dijo un uruguayo insigne, don Alberto Bachini "conocí muchos sabios que eran unos burros".

¡De modo que es posible que luzcan, en las calles [13] de 3952 luminosos con siglas como *CEN* —"Cooperativa De Elaboradores De Niños"— o *FAGSA* —"Fabricación Argentina De Gente. Sociedad Anónima"!

Se agravará el problema de la desocupación en el gremio de las cigüeñas.

Las veces en que reviente el buscapié justo cuando él se había agachado para ver por qué no reventaba, existirá la posibilidad de rehacer al tipo en 48 horas; lo mismo que cuando se le dé vuelta el automóvil en la carretera.

Pero... ¡no! ¡Ya no se viajará en automóvil!

¡Oh tiempos en los que podía decirse "rápido como el pensamiento"! Pretérito imperfecto para el tipo de 3952, en tanto que pertenecen al pasado, ya, en este presente.

La corriente nerviosa, substrátum somático del pensamiento, se desplaza a razón de 70 metros por segundo o sea a 252 kilómetros por hora. Y el Mayor Marion Carl, de California, piloteando un Douglas Skystreak llegó a los 1.041 kilómetros. Pero ya en 1943 Jack Woolams, el veterano probador de la Bell Aircraft Corporation, adelantó que "estaba teóricamente resuelta la posibilidad de llegar a los 1.900 kilómetros".

¿Viajará el tipo 800 kilómetros por hora más ligero que el ruido que vaya haciendo?

No.

Viajará mucho más rápido.

Entre los obstáculos que se han opuesto a la ob-

[13] Las calles en 3952 se moverán como las cintas sinfín de las fábricas de construcciones en serie. De modo que, moviéndose la calle, el tipo podrá caminar parado. Como ahora en los ómnibus.

tención de velocidades estúpidas, figura el de la fricción. Algunos creen que la lucha del tipo contra la fricción empezó en los ómnibus llenos; y empezó mucho antes. El primer recurso empleado contra ella fué el engrase[14], pero ya se ha llegado a sistemas tan perfeccionados de "roulements" que se construyeron, empleándolos, pulidoras eléctricas que, vencida, casi, la fricción, giran a 120.000 revoluciones por minuto.

Si las ruedas de un automóvil se movieran a esa velocidad, el automóvil andaría a razón de 16.000 kilómetros por hora. Eso sí: habría que suprimir la fricción de las cubiertas contra el suelo, para lo cual sería necesario suprimir el suelo. Como la supresión del suelo ocasionaría algunos trastornos —en vista de las multitudes, cada día más numerosas, de los que quedan de a pie— el doctor Irving Lagmuir, tras estudiar detenidamente los problemas del frotamiento, proyectó una suerte de vehículo que se desplazaría sostenido y propulsado por fuerzas magnéticas, en el interior de un tubo vacío.

Sin embargo, desde que se presumen las velocidades de los medios de locomoción interplanetarios, hasta esta velocidad del todavía futuro subterráneo magnético ya parece una cosa pasada.

A lo mejor el tipo consigue hacerse trasmitir por radio, como los boleros, para seguir creándose urgencias.

Porque toda cosa empieza a ser urgente sólo cuando se inventa el medio que permite hacerla ligero.

Si en esta era preatómica no pasa lo que puede

14 Un sólido de 1000 kilogramos de peso, colocado en un plano horizontal, exige, para ser trasladado sin engrase, una tracción de 200 kilogramos y, con engrase, apenas de 40. Por eso es injusto el tono de queja con que se dijo "porque no engraso los ejes — me llaman abandonao".

pasar, el tipo de 3952 vivirá, seguramente, en plena era atómica.

Hasta ahora se había venido arreglando todo. Puede decirse que la historia del tipo sobre la tierra es una historia de la compostura.

Jalonan el periplo de su progreso, el corpiño, la dentadura postiza, la entretela, las hombreras, la faja y la peluca.

El tipo siempre se dedicó afanosamente a componer las cosas, ya que nunca se sintió capaz de hacerlas de nuevo, e inventó el parche, la media suela y el hilo de zurcir.

Y la desintegración en cadena.

Pero la desintegración en cadena entraña un suspenso: bien se sabe que el átomo, alcanzado por las partículas con que se le bombardea, se parte, con gran desprendimiento de energía. Y los trozos del átomo partido, bombardean a otros átomos que se parten, a su vez. Y éstos, a otros. Y los otros, a otros. El tipo puede liberar, sí, la fuerza contenida en el Uranio 235. Pero puede liberarla toda de golpe, como quien suelta un resorte. No ha llegado a ejercer un contralor sobre ella que la frene o, siquiera, la atenúe.

Aquí ya cabe preguntar ¿y si en una vuelta cualquiera a la *cadena* le da por seguir por cuenta de ella hasta el final...?

No sólo habría sido inútil este capítulo sobre un presunto 3952, sino que lo habría sido, asimismo, el invento del ojo de vidrio, de la pierna de goma y del soldador.

EL PRÓFUGO

TODO *lo que existe en la tierra es causa de miedo*... dejó dicho Bhartrihari, un sabio indio del siglo VI. El tipo es tímido, pesimista, vanidoso, escéptico, escrupuloso y se aburre porque tiene miedo.

Vive huyendo.

Apoyarse en otro para poder confiar en el éxito de lo que va a hacerse es huir. Delegar en otro la responsabilidad de lo que se hace, es huir.

Mientras trata de acomodarse el tipo siempre va en nombre de otro. Después de haber entregado la tarjeta, baja los ojos, raya el suelo con la punta del zapato, da vuelta el sombrero: —"Yo venía con esta tarjeta del doctor Fulano por una ubicación. Pretensiones, por ahora, mayormente, no tengo. Se trataría de cualquier cosita para empezar, como dice ahí...".

Cuando el tipo ya está acomodado, siempre manda a otro: —"Usted vaya y dígale que es una bestia. A ver ¿cómo le va a decir?" —"¡Usted es una bestia!" —"Muy bien, pero dígaselo como cosa suya ¿me oye?

Si el tipo es lo que se llama un idealista se consuela figurándose un mundo en el que las cosas fueran

como a él le gustarían. Y huye, así, de la realidad que lo circunda.

Si es lo que se llama un hombre práctico, trata de hacer caber a la realidad, estrujándola o mutilándola, en el rígido molde de su concepto de ella; lo cual es otra forma de huir de la realidad.

Hasta cuando ataca —decía Henri Barbusse en "Le Feu" —dispara para adelante.

Cuando alguien le va a pedir una garantía dice que no puede darla por los compromisos que tiene con el socio. Si la garantía se la pide el socio, dice que no puede por los compromisos que tiene fuera de la sociedad. Y cuando trabaja solo, pone un aviso en los diarios pidiendo un socio.

El socio es una cosa que el tipo usa o para encerrarse o para disculparse. Otras dos maneras de huir. Encerrándose, el tipo escamotea su actitud a toda posibilidad de ajena discriminación. Y cuando da explicaciones trata de demostrar que el otro entendió todo lo contrario de lo que él se proponía hacer, para poder hacer, mientras el otro se entretiene oyéndolo, lo que realmente se propone.

La viveza es una fuga que se nutre de fuga a sí misma. El vivo saca ventajas huyendo de la zona de influencia de la atención del otro, pero cuando el otro se da cuenta, tiene, el vivo, que disparar para que no lo alcance; y obtener ventajas más adelante a fin de mantenerse a salvo, con lo cual quedan afectados otros que, al darse cuenta, a su vez, se ponen, también, a seguirlo. El tipo multiplica, entonces, sus medios de fuga: cruza a la vereda de enfrente, hace decir que no está.

Cuando es avaro, huye del mundo por miedo a que-

dar sin dinero, y vive como un pobre, o sea, como lo que, por temido, lo mantiene en su avaricia.

Cuando es vegetariano huye de los bifes por miedo a enfermarse y vive como un enfermo; o sea, como lo que, por temido, lo hace seguir comiendo verdura.

La *represión* de Freud, formando el inconciente a expensas de la conciencia, es una fuga hacia adentro.

La *simulación,* de Adler, por la que el tipo trata de justificarse ante sí mismo y ante los demás, es una fuga hacia afuera.

La actitud sumisa, es una fuga hacia abajo.

El propósito de enmienda, es una fuga hacia arriba·

El tipo es un piantado.

INDICE

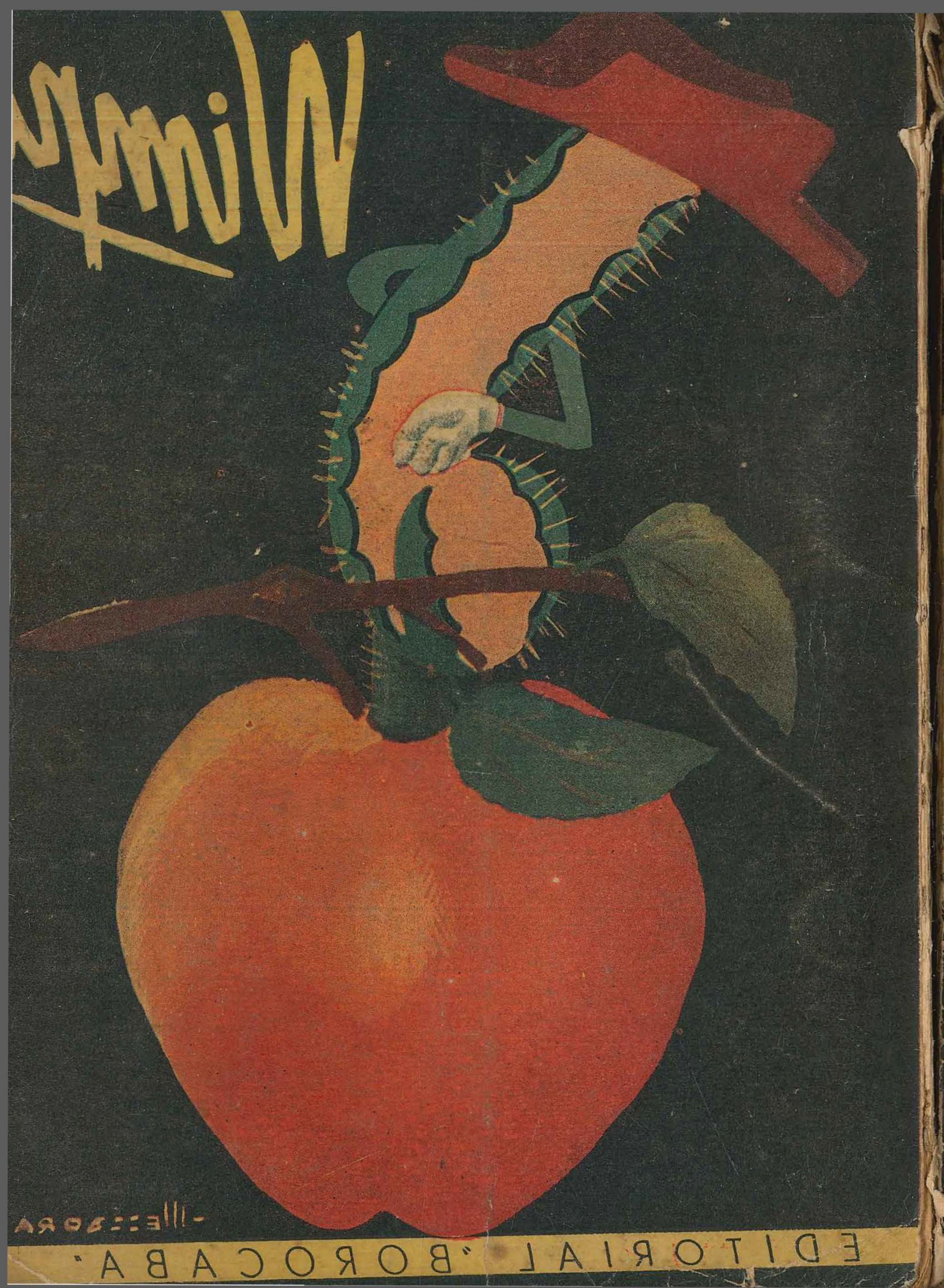
	PÁG.
Palabras para la tercera edición	9
El gusano loco	11
Optimismo y pesimismo	13
Castillo de naipes	15
El premio Nóbel del Dr. Waksman	19
Función política y cultural de la rata	23
El porta ¿qué?	33
La pierna rota	37
La orden de la Liga	41
Sueño de una noche cualquiera	45
Contribución a una biografía reivindicatoria del caballo	51
Las veces en que el tipo "se queda helado"	59
Defensa del pie	63
La peticidad humana	69
La muchacha no tiene la culpa	75
El tipo y la máquina	79
El dedo amenazado	83
Aquello de los ciegos y el elefante	87
Hormiga, agricultura, flirt, matrimonio	91
Cuando se oiga la tortilla	99
La parte lastimada	105
Cuando se llega a saber la verdad se sabe mucho menos que antes de haberla sabido	107
La lección del microbio	113
Decadencia de una familia	117
Paradojas	123
Canibalismo	129
Burros, escorpiones y pájaros	135
Epitafios	139
Jitanjáforas	143
Excursión a mañana	151
El prófugo	161



Terminó de imprimir este libro en sus talleres, Malabia 1379, Bs. Aires, el día 30 de diciembre de 1953.

imaginación; las novelas radiales y las charlas que él mismo propaló desde los micrófonos, están hechos todos de una fórmula mágica, cuyo secreto posee sólo Wimpi: gracia auténtica, limpia, sana; sagacidad para descubrir las particularidades comunes a todos los "tipos" del universo; felicidad y frescura en la expresión; la paradoja increíble pero apoyada en un razonamiento perfecto y, para que el contenido no quede a medio entender, la forma sencilla pero segura de llegar sin esfuerzo a la comprensión general. "*El gusano loco*", que la EDITORIAL BOROCABA presenta en este volumen, resume cuanto señalamos acerca de Wimpi, aunque faltaría agregar que no es difícil advertir detrás de su humorismo un pensamiento recto y certero y una crítica honrada, desprovista de burla, a muchas cosas que hacemos y decimos los hombres para complicarnos inútilmente nuestro mundo íntimo, para añadirnos falsas preocupaciones y las ya naturales de la aventura vital.

EDITORIAL
BOROCABA
BUENOS AIRES


EDITORIAL "BOROCABA"